

[publicado por REVISTA CUADERNOS de la Universidad, Universidad Católica de Cuyo, Año XXX, N° 41, San Juan, Argentina 2008]

Rupturas y separaciones a lo largo del ciclo vital
Camino necesario para la realización personal

Lic. Marcos Samaja¹

Abstract

En el transcurso de toda biografía humana se producen cortes, rupturas y separaciones, que señalan una necesaria pérdida o duelo (concepto fundamental en psicología del desarrollo). Ahora toda separación – ruptura y / o duelo necesariamente conllevan una *ganancia real*, una nueva forma de vida más autónoma e integrada camino a la realización personal posible.

En las rupturas existen indicios naturales que no dependen sólo de la voluntad de los padres, sino del despliegue natural de las potencialidades humanas ínsitas en todo ser humano que crece y se desarrolla.

Tales rupturas y separaciones, en los primeros pasos de la vida, son realizados (o deberían serlo) por los padres, para luego, desde la adolescencia en adelante, por la persona misma que crece y se desarrolla.

Desde el desarrollo adolescente se hará palpable una realidad muchas veces olvidada en las psicologías del desarrollo, la *potencia libre del ser del hombre*, por el cual éste también decide desarrollarse o a veces estancarse. Tal libertad no se realiza en el vacío ni se encuentra separada de las dimensiones del ser humano, sino que está encarnada en el mismo, lo que significa que existen ciertos condicionantes físico-psíquicos y sociales que influyen en su actualización. Tal realidad no obsta para que la libertad humana pueda ponerse por encima de aquellas dimensiones que a veces pueden frenar su desarrollo y a veces potencializarlo.

¹ Licenciado en Psicología. Profesor adjunto a cargo de *Historia de la psicología* y adjunto a cargo de *Psicología de las edades* en la carrera de licenciatura en psicología de la Universidad de Mendoza (UM) en las sedes de Mendoza y San Rafael. Profesor a cargo de *Psicología del adulto y del geronte* en la carrera de licenciatura en psicología en la Universidad Católica Argentina (UCA) – sede Mendoza –. Se encuentra terminando sus estudios de *Profesorado* en la Universidad Católica de Cuyo (UCCuyo) y culminando la especialización en *Psicoterapia Simbólica* en la Universidad Católica Argentina (UCA) –sede Mendoza –. Trabaja como psicoterapeuta en consultorio privado.

Rupturas y separaciones a lo largo del ciclo vital *Camino necesario para la realización personal*

Lic. Marcos Samaja

Introducción

Toda realización humana está hecha y penetrada de tiempo. En el tiempo el hombre se *desarrolla*, es decir, *despliega* sus potencialidades camino a la máxima realización posible. A lo largo de su biografía personal todo hombre atraviesa innumerables situaciones que pueden obstaculizar o facilitar su crecimiento y desarrollo.

Cada etapa de la vida que el hombre atraviesa lo tiene como protagonista, pero no siempre de modo *exclusivo*, ya que en las primeras etapas de su despliegue existencial, su responsabilidad es casi nula. La misma descansa en las figuras paternas que tomarán sobre sí *sus* posibilidades de desarrollo.

Sin embargo, no quiere decir que no haya una especie de dotación natural, que en caso de existir las condiciones favorables y oportunas, muestren una fuerza (tendencia) al despliegue que no dependen sólo de la voluntad o deseos de los padres. Existe un cierto bagaje en esa vida primigenia que busca *expandirse, expresarse* como una entidad única e irrepetible camino a la máxima autonomía o autocracia personal, a pesar aún de la enorme dependencia existente.

Desde la concepción (incluso antes²) pasando por el período gestacional, el nacimiento, la lactancia y las primeras etapas de la vida hay una enorme dependencia del bebé - niño respecto de sus padres. Tal dependencia es necesaria y oportuna, porque de no ser así no hay vida posible para el niño.

Si bien la dependencia es enorme (fundamentalmente con la madre) nunca es absoluta. Es necesario prestar fina atención a ese vínculo inicial mamá - niño para percatarse que desde la dependencia misma existen *señales* que marcan un camino propio, que es único e irrepetible, una configuración personal que nunca es una mera extensión del cuerpo de la madre o de su entidad psíquica, aunque esté vinculada íntimamente a ella.

El pasaje de la nada al ser.

Antes de entrar de lleno en este pasaje del ensayo es importante plantear una realidad muchas veces dejada de lado en psicología del desarrollo. Es relevante conocer los *entretelones de la concepción*. Me refiero a cómo ha sido concebido el niño, bajo qué circunstancias y con qué bagaje histórico. Saber si fue deseado o no, buscado o no, y los motivos adecuados o inadecuados por la que llegó a la existencia. No puedo tratar en detalle tal cuestión [Castellá lo hace en su libro de modo exquisito], pero sin lugar a dudas, hoy por hoy sabemos de lo enormemente beneficioso es que todo niño sea *pensado e imaginado* por sus padres, sea *deseado, planificado* (se le de un espacio en el corazón de la pareja), sea *buscado* y sea *buscado por él mismo* y no por razones ajenas a su bienestar personal integral. Que haya sido amado antes de concebido es una tara muy valiosa para su economía física, psíquica, social y espiritual.

² Castellá, Gabriel: *La concepción y el sentido de la existencia*, págs. 34 y siguientes. Se refiere el autor a lo que él llama el 'umbral de concepción' que sería un tiempo previo y posterior al momento de la concepción que está cargado de significación para la vida del niño en cuanto que la madre 'proyecta' desde sus vivencias personales (y de las generaciones ancestrales) a su propio hijo hacia el porvenir, otorgándole un 'programa de vida' (inconsciente), como una guía o surco tendencial por la que el hijo transitará su existencia. La obra de Castellá es sumamente interesante y valiosa (la comparto plenamente). En el presente ensayo pretendo *enfaticar* los caminos que hacen posible la unicidad e irrepetibilidad psicológica de cada persona, desde la máxima dependencia hasta la plena realización personal elegida y asumida por la persona que vive su propia historia, que hace posible una historia totalmente distinta a la de sus ancestros (aunque relacionada hondamente con la misma). Castellá presenta con mucha lucidez más bien los lazos conscientes e inconscientes que unen a la persona con la madre, sus vivencias personales y ancestrales. Presento aquí lo que nos 'separaría' de nuestros ancestros más que aquello que nos une con los mismos. Nuestro autor no negaría la presente postura.

Tal vida humana concebida, gestada y parida con amor por una pareja que se ama fuertemente es una bendición para la pareja misma como para el niño que nace. La vida y el mundo se le presentará a este niño como un ámbito de alegría, como un lugar confiable, como una realidad gozosa y plena. Estamos *colocándonos* mucho antes de lo afirmado por Erikson cuando habla de *confianza básica*. Aunque el significado sea el mismo, nos posicionamos antes del nacimiento, ya que esta confianza básica, es decir, el sentirse seguro, contenido y aceptado en un mundo vivido como confiable se presenta mucho antes del nacimiento del niño. Sin alejarnos de lo propuesto por tal autor, habría que ubicarlo (o reubicarlo) antes del primer año de vida, en lo que Castellá llama el “umbral de la concepción” (ver pie de página, pág. 1)

Retomamos el planteo de este apartado. En la concepción se produce algo que podemos llamar la *primer ruptura o separación*, que es sumamente misteriosa, ya que designa algo único, el *pasaje de no ser a ser*, de no existir a comenzar a existir siendo alguien distinto. En cierto sentido es una ruptura, en otro muy distinto no lo es. Podemos decir que es la *ruptura con la nada para llegar a ser*. Es el tránsito a la vida humana imperceptible para los progenitores e incluso para el recién advenido a la existencia, pero no por ello menos real.

En el momento en que se *unen* espermatozoide y óvulo, en cierto sentido, se *rompe* el contacto con la nada, pero también *casi* desde el momento mismo de la unión primigenia se produce la división celular. Tal *división* hará posible de modo paulatino toda la estructura y *unidad* del organismo humano.

Al pasar el tiempo se irá formando la placenta que es el canal o puente que *unen* estas dos realidades: la mamá y el niño. Une dos puntos distintos. La existencia de la placenta nos marca asimismo la existencia de dos realidades únicas que se ‘comunican’ a través de ese canal. La comunicación es *nutritiva* y *afectiva*, es un ida y vuelta del niño a la madre y a la inversa. Por la placenta el niño está unido a la madre a la vez que está separado de ella.

Tales realidades son signos – señales que se dan en la vida humana y que marcan el objetivo mismo de la vida que se despliega. Cada ser humano, al ser único e irrepetible, transita un camino que también lo es, que nadie jamás podrá efectuarlo sino sólo él y nada más que él.

Es importante enfatizar la realidad de la vida humana intrauterina como una vida positiva, real. Allí ocurren cosas que son importantes (o deberían serlo) para una psicología del desarrollo. Guardini dice que la vida en el seno materno significa una vida auténtica, significa evolución fisiológica y psicológica.³ C. Dolto describe esa vida intrauterina. El recién nacido “... viene de un mundo líquido, caliente, oscuro, cerrado en el que se movía libremente, bailaba, se chupaba el dedo y se libraba a todo un juego de fantasías con las manos y los pies.”⁴

En la vida intrauterina el feto es capaz de sentir, de vivenciar, de gritar incluso. El pequeño se expresa a su modo, según sus posibilidades. Lo que la madre siente, piensa, sus miedos, sus frustraciones, sus alegrías y éxitos son ‘vivenciados’ también por el pequeño. Del mismo modo el padre, aunque algo más alejado de la escena de intimidad y cercanía entrañable que une al niño con su madre en el seno materno. Por eso, la gestación – la historia misma de la gestación – además del modo como fue concebido son sumamente importantes para el desarrollo de la vida de toda persona. Marca sin lugar a dudas como afirma Castellá una cierta línea de desarrollo posible, aunque tal desarrollo es único e irrepetible, es exclusivo de una sola persona y de nada más que una.

Ahora, todo trayecto humano, cualquiera sea, está marcado por *uniones* y *desuniones*, por *rupturas* / *separaciones* y *nuevos apegos*, como así también por *pérdidas* y *ganancias*. Es lo propio del hombre en tanto y en cuanto es un ser temporal, que vive y asume en el tiempo *su* tiempo.

El nacimiento

³ Guardini, Romano: *Las edades de la vida*, pág. 53.

⁴ Dolto, Catherine: *Haptonomía pre- y postnatal*, pág. 11. Catherine Dolto es médica clínica y pediatra francesa. Es hija de la prestigiosa psicoanalista Françoise Dolto.

El nacimiento fue calificado por O. Rank (discípulo de Freud) como un ‘trauma’. No sabría decir si esto es siempre así para todo nacimiento. De todos modos, es preferible hablar de crisis como lo hace Guardini.

Ahora, hay que tener en cuenta el nacer mismo como otra realidad importante. Se afirmó ya la enorme trascendencia de la *concepción* y la *gestación*. Completa la tríada el hecho mismo del *nacimiento*.

A inicios de la década del 60’ Guardini ya observaba un hecho peculiar respecto del nacimiento. Lo afirmaba con estas palabras: “... se puede plantear la cuestión de si la técnica de la facilidad cada vez mayor representa solo una ventaja; si no produce una banalización, menguando la importancia existencial de ese desprendimiento, que, con todo, es también aceptación existencial.”⁵

Unas décadas después leemos en una publicación más actual (1999 – aunque remitiéndose a estudios previos que no fueron tomados en cuenta) la certeza de tal afirmación. Michel Odent nos facilita los estudios de Eugene Marais con sus teorías (1920). El autor afirmaba que existe una *conexión entre el dolor del nacimiento y el amor maternal*. Marais estudió a ciervos sudafricanos con el conocimiento previo que nunca una ‘madre’ había rechazado a su cría en los últimos quince años. Pero, para su experimento utilizó, durante el trabajo de parto, cloroformo y éter (efectos analgésicos), y se percató que las ‘madres’ se negaron a reconocer y aceptar a las crías recién nacidas. Odent cita otro ejemplo del mundo animal. Dice: “cuando las ovejas daban a luz con anestesia peridural, no cuidaban a los corderos”. Más adelante afirma una realidad complementaria ahora en el mundo humano. En un trabajo sobre adicciones a las drogas se investigaron a 200 adictos a los opiáceos nacidos en Estocolmo, entre 1945 y 1966. Usaron a hermanos no adictos como controles. Sigue Odent: “Descubrieron que si la madre recibió determinados analgésicos durante el trabajo de parto, su hijo tenía estadísticamente mayor riesgo de convertirse en adicto en la adolescencia.”⁶

Con tales testimonios es enormemente factible que la aceptación firme de la madre por el parto natural con el dolor acompañante, sea una muestra poderosa que el hijo que nace es aceptado y amado por lo que es. *Se acepta el dolor porque se lo acepta a él o a ella*. Por esta criatura la mamá es capaz de sufrir. Con estas palabras nos enfrentamos con el misterio del amor humano. Quién está dispuesto a amar está dispuesto a sufrir. Del mismo modo, quien está dispuesto a amar y ama de hecho se dispone y prepara para ser feliz. Quien no ama ‘se salva’ de sufrir (por lo menos a corto y mediano plazo) pero también se condena a la banalidad y a la infelicidad.

La nueva *gran ruptura* está dada entonces por el hecho mismo del *nacimiento*. Es a su vez una ganancia y una pérdida. *Se pierde* el contacto interno con las entrañas mismas de la madre para *ganar* un contacto externo y tal vez algo más íntimo. Hay un pasaje de un medio acuoso a un medio aéreo; como así también una suerte de *ascenso de las entrañas al pecho materno*, además de una *mayor personalización del vínculo*, ya que se da el contacto cara a cara y mirada a mirada⁷ antes imposible.

Si seguimos en el mismo camino ascensional, el bebé inicialmente pasa del seno materno a *prenderse* del pecho una vez en el mundo [unión bebé – pecho]; luego su mano es la que se prende al pecho para después su *mirada elevarse y dirigirse en dirección al rostro materno* [unión bebé – pecho – mano – rostro]. Posteriormente aparecerá una nueva figura por encima del hombro de la madre en el acto de mamar, la *figura del padre* tan importante como olvidada en el estudio psicológico, y muchas veces lamentablemente en la realidad.⁸

Sumamente importante es considerar la realidad de la lactancia materna. Por diferentes motivos ha sido dejada de lado en la economía de la salud psicológica. Podemos decir que últimamente las madres ‘no han querido dar de mamar a sus pequeños’. Obedece muchas veces a

⁵ Op. cit., pág. 55.

⁶ Odent, Michel: *La científicación del amor*, págs. 1, 5 y 15.

⁷ *Ibíd.*, págs. 59 y 60. Se refiere el autor a la función sensorial de la vista, que es la menos desarrollada al momento de nacer. A pesar de eso indica que sucede algo muy interesante. El bebé, al momento de las contracciones en el parto, segrega un alto nivel de noradrenalinás que produce una dilatación de las pupilas por la que nace con los ojos bien abiertos y las pupilas grandes. Estaría programado para mirar a distancias de no más de 30 centímetros. Es decir, al contacto con la madre, mirada con mirada.

⁸ Sinay, Sergio: *Hacen falta más padres presentes*. No es el momento para responder a qué se debe tal ausencia.

razones laborales y / o a razones más personales. La mujer ha de volver al trabajo y continuar con su profesión; pero también a una suerte de compromiso ‘liviano’ con la vida naciente. Por eso, muy pronto el bebé recibe quizás leche materna pero en biberón; o leche maternizada directamente tras un período breve de leche de pecho o como ‘primera opción’, muchas veces porque la madre no ‘produce leche’. Tales realidades pueden ser objeto de interpretaciones psicológicas. Sin pretender juzgar o condenar tales situaciones (ni a mi ni a nadie corresponde hacerlo) muchas veces existiría un *no-deseo* profundo de ser madre o una ambivalencia respecto de serlo. O simplemente un mayor aprecio por la vida profesional / laboral que por la maternidad.

Sea como sea, el bebé pierde una riqueza nutritiva, inmunológica y afectiva sin igual, que condiciona de modo negativo su sano desarrollo psicológico.

Actualmente los pediatras recomiendan la lactancia hasta los 6 meses de modo exclusivo y hasta los dos años de modo combinado con otros alimentos líquidos y sólidos.

El destete y el niño deambulador

A los 6 meses de vida suele presentarse otra señal que marca un *camino de ruptura importante*. Aparecen paulatinamente los dientes. No sólo indica que ya se puede comenzar a brindar nuevos alimentos al niño, sino que para el psicólogo es un indicio de un nuevo derrotero (camino) por la que empieza a transitar la vida humana. Para Freud indicaba el pasaje a la *fase oral-canibalística*, por la que el niño empieza a morder el pecho materno.

Se inicia aquí un estado de transición a una mayor autonomía. El hecho indica la posibilidad del *destete*, que progresivamente hará posible la *ruptura* del niño con la madre en este nivel.⁹ A su vez una *unión* en otro. Destetar al niño no significa solamente *no darle más la teta*. Es preparar al niño para que ‘suelte’ a la madre, para que crezca, se aleje iniciando un camino propio al mismo tiempo que se inicia un vínculo esencialmente distinto con ella y con otras personas significativas del entorno.

Tal proceso de destete culmina de modo natural con el *niño deambulador*. Estamos ante el culmen del proceso explicado o simplemente ante una nueva ruptura. El niño ha comenzado a caminar, antes ha gateado, y al hacerlo comienza a explorar el mundo. Seguirá mirando a mamá a la vez que ‘avanza’ hacia el mundo. El niño deambulador conoce una nueva realidad ligada aun al mundo parental (fundamentalmente a la madre) pero que tiende hacia fuera aunque no de un modo pleno.

La autoconciencia y su relación social primigenia

Ligado a este proceso existe otra ruptura que es más sutil y acompaña intrínsecamente al paulatino despegue del niño respecto de la madre. Es una cuestión más ‘cognitiva’ y ‘social’ podemos decir, el niño se separará de su madre porque aprenderá que no está unido a ella (ahí también el *sentido del destete*) y que ‘no son una misma cosa’, sino que la madre es distinta de él y de otras figuras (la angustia del 8° mes en R. Spitz, por la que reconoce a los familiares cercanos de los extraños). Recién se reconocerá plenamente como alguien distinto de esas figuras al mes 18, lo que algunos llaman la *fase del espejo*, por la que el niño es capaz de reconocerse en éste (J. Lacan por ejemplo). Esta ruptura marca una cuestión interesante de unión – desunión. No sólo se desune en cierto sentido de los otros sino que se une a sí mismo de un modo nuevo al *reconocerse* como distinto de los demás. *Pierde paulatinamente* una identidad primitiva más fusionada e indiferenciada (con las figuras de apego) para *comenzar a ganar* una identidad más desligada y unitaria respecto de sí mismo, aunque tal ganancia es aun precaria pero no por eso poco real e importante. Esto desde lo cognitivo.

⁹ Probablemente aquí se inicie un conflicto entre los pediatras y los psicólogos. Para el psicólogo dos años puede parecer mucho tiempo para el destete. Tiene su razón, que es la fijación del niño a la madre, el quedar ‘pegado’ a ella, lo que dificulta enormemente su paso primitivo y fundamental hacia la autonomía personal. Quizás, una postura conciliatoria sería admitir los dos años (incluso algo menos), pero un amamantamiento progresivamente distante en cantidad y en tiempo. Podemos decir que la madre ha de aprender el ‘arte’ de ir cortando poco a poco la teta a medida que el niño va desplegando sus fuerzas en el mundo, en la medida que él paulatinamente avanza con más decisión al mundo (E. Erikson lo llamaría ‘autonomía’). Tal arte ha de ir acompañado de la *presencia fuerte del padre* para romper esa unión del niño con la madre (fundamentalmente si es varón) como figura *atractiva* que lo *invite y conduzca* al mundo.

Desde lo social, a modo complementario, el vínculo establecido es novedoso en tanto y en cuanto es un vínculo más diferenciado. No es lo mismo el vínculo mamá – niño que está en los brazos al vínculo mamá – niño que camina, corre y se reconoce como distinto a su madre. El mundo social del niño se enriquece y se complejiza a la vez que gana en cierta autonomía.

El lenguaje verbal

El niño al caminar, correr, ponerse en contacto con el mundo más amplio se pone a mayor distancia de sus padres, y desde este hecho hay que comprender el nuevo modo de comunicación que va surgiendo. Al alejarse el niño *hacia* el mundo la mamá ‘lo llama’, ‘lo advierte’, le dice ‘¡no!’. El *lenguaje verbal* crece en importancia exponencial. Ha aprendido previamente algunas palabras, pero en su nueva situación ha de manejar determinados signos para poder orientarse en el mundo, de ahí el lenguaje verbal, la posibilidad de nombrar cosas y preguntar por ellas (¿qué es esto?), a la vez de no perder referencias de orientación respecto de sus padres. Ellos lo llamarán o él los buscará con palabras, con gritos.

El lenguaje constituirá una *ruptura* en el sentido que su modo comunicacional con las figuras de apego y con otras personas cambiará de modo esencial. Sin abandonar el anterior modo comunicacional, éste emergerá con mayor fuerza.

No hay que perder de vista una realidad que marca un pasaje a una mayor autonomía relacionada con el lenguaje. El niño aprende a manifestar sus necesidades de modo verbal. En estos momentos tiene una importancia superlativa lo que denominamos el *control de esfínteres*. Freud hablaba de la *etapa anal* y en ella veía ciertas situaciones importantes ligadas a la evolución de la libido.

Lo cierto es que estamos ante una situación de pérdida y de ganancia del mismo modo que ante un aprendizaje posible. En esta autonomía creciente el niño aprende a ‘nombrar su necesidad’ por medio de palabras para que los padres tomen cartas en el asunto. Luego y con la efectiva participación de ellos, el niño aprenderá a ir solo al baño. Además de un aprendizaje es un pasaje a una mayor autonomía y despegue de los padres. Se pierde en dependencia y se gana en autonomía, ligada al autocontrol. Pierde dependencia y gana *autodominio*. El niño ahora puede controlar algo de sí, de su cuerpo. Puede retener, puede postergar aunque sea mínimamente su necesidad y resolverla por él mismo.

Antes reconocía la necesidad (percepción), la ‘nombraba’ y comunicaba a sus padres, para ahora poder ‘retenerla’ y resolverla por él mismo. Es un avance enorme para el niño. De alguna manera dice sin decir: “esto lo hago solo, ya no necesito de ustedes para realizarlo”.

Reconocimiento gozoso de su cuerpo. El placer de función

Más adelante aparecerá otra situación significativa que también Freud estudió y con mucho detenimiento. El niño ya se reconoce como alguien separado, distinto de mamá, de papá, de los hermanos y otras personas. Pero se centra en su propio cuerpo y lo compara con el de los demás. Explora su cuerpo como parte del mundo y fundamentalmente de sí mismo. Obtiene una satisfacción importante al explorarlo, al tocarlo, incluso al jugar con él. Aquí es cuando Freud apela a la *etapa fálica*, especialmente por la importancia que le da el niño (el varón) a sus genitales. Muchos psicoanalistas han visto aquí la presencia de la masturbación infantil. Freud apuesta a que existe sexualidad también en la infancia. No se equivoca pero tal vez sí en la importancia que le otorga en el conjunto de la vida humana y en la niñez en particular. Para Freud el niño obtendría satisfacción sexual. Para otros, por ejemplo, Ch. Bühler el niño obtiene lo que llama ‘placer de función’, que sería la satisfacción obtenida al gozar del descubrimiento de su propio cuerpo ligado a un juego exploratorio.

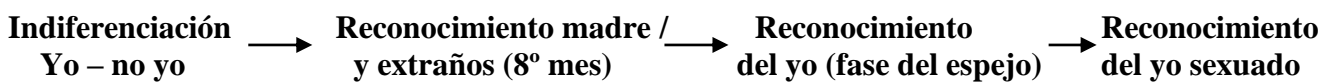
La masturbación infantil hay que entenderla, desde el punto de vista de una psicología sana del desarrollo, como una cuestión pasajera y ocasional. No es la constante en la vida del niño que crece y se desarrolla plenamente. Sin embargo puede darse frecuentemente, y cuando esto ocurre ha habido una intromisión del mundo adulto en el mundo infantil, ya sea por abuso sexual o toqueteo de zonas erógenas, caricias demasiado efusivas y constantes de parte de los adultos; o por una carencia de

afectos, de amor, de atención (abandono) de parte de las figuras significativas que son compensadas por el niño de modo sensible en el acto de la masturbación.¹⁰

Las relaciones llamadas ‘edípicas’

Vamos a describir en breve cuál es el camino del reconocimiento y la diferenciación desde el bebé hasta la etapa edípica.

Inicialmente el bebé no se diferencia de su madre ni se reconoce a sí mismo. Se vive a él como siendo uno con la madre a la que no percibe como totalidad. Es un *período de indiferenciación*. Con el tiempo el niño reconocerá a la madre como una figura total y al percatarse de ella se reconocerá a sí mismo para luego reconocerse como ser sexuado. En otras palabras, el niño o la niña pasa de la indiferenciación al reconocimiento de la madre como distinta de él, para llegar al reconocimiento de sí mismo (fase del espejo) como una entidad individual (el ‘Yo’) para al fin reconocerse como un ser sexuado, es decir, un ‘Yo sexuado’ como ‘Yo varón’ o ‘Yo nena’. Es aquí donde podemos comenzar a comprender la etapa edípica en su profunda significación. Cuando el niño y la niña se ‘diferencian’ sexualmente comienzan a buscar su ‘complementación’ natural (se explica en breve). Por el momento realizamos un gráfico que ilustra de modo didáctico lo dicho anteriormente



Freud afirma que en la etapa genital encontramos el *complejo de Edipo*. Pero habría que oponer algunos reparos al Edipo freudiano. En pocas palabras, Freud hizo pasar por normal lo que es patológico. No se equivoca en cuanto dice acerca del complejo, pero *lo sano desde la psicología del desarrollo no es la tragedia edípica*.

No es sano ni obedece a fuerzas del desarrollo perfectivas el odio del niño al padre, ni a la inversa, el odio y rechazo del padre a su hijo. Tampoco lo es el que la mamá se adorne eróticamente con su hijo y le de mayor importancia a él que a su esposo. No afirmo que no se puedan dar tales casos (ni tampoco que no se den con frecuencia), sino que no es ‘lo esperable’ (como lo sano) en la dinámica de una familia.

Es necesario afirmar que *algo de lo edípico* (aunque no es exactamente el fenómeno que Freud describe) se presenta con enorme frecuencia (y es esperable que suceda) a saber: un aprecio y mayor acercamiento del niño a la madre y de la niña al padre y viceversa (aquí retomo la explicación inconclusa). Tal realidad hay que comprenderla a la luz de la complementariedad natural de los sexos. Los niños ‘aprenden’ rápido de la existencia de la atracción por el sexo opuesto. ‘Edipo’ de un modo más amplio y general sería entonces la manifestación de esa realidad y no los intrincados deseos presentes en la tragedia.

En rigor de verdad, no habría nada de edípico en tal situación. Simplemente la manifestación robusta de la niñez que se abre el mundo y en esa apertura, el germen de lo que será la futura relación que establecerá ese pequeño con su par opuesto en la adultez joven, cuando inicie su propio camino de complementación sexual. Es como el *indicio –señal* que expresaba al inicio del trabajo, por la que en etapas tempranas se expresa lo que será en esplendor la realidad única de esa persona en su futuro desplegado.

Volvamos a la resolución ‘edípica’. Paulatinamente el niño aprende (si se dan determinadas condiciones) que esa mujer no puede estar con él, lo mismo la niña respecto de su papá. La condición fundamental será la poderosa atracción que ejerce sobre los niños el ‘contemplar’ que sus padres se manifiestan un fuerte amor. Así entonces, los niños comprenderán que ‘son una pareja’ y que no les

¹⁰ Meves, Christa: *Juventud manipulada y seducida*, págs. 143 y siguientes. Especial cuidado deben tener los padres en estos momentos de la vida del niño. Por el hecho de tocarse los genitales o jugar con ellos el niño no manifiesta una perversión o signos de degeneración precoz. El niño explora, juega y se satisface con su cuerpo. Está apreciándolo como una realidad buena y bella. El regañarlo fuertemente de modo recurrente ante tal conducta provocará en el niño *culpa* (ver E. Erikson como contracara de la cualidad yóica ‘iniciativa’) que el niño asociará con todo lo relacionado al cuerpo, fundamentalmente con una sana vivencia de la sexualidad y de su organismo como cuerpo sexuado. Pedagógicamente los padres no deben ni alentar ni regañar tal conducta, si promover con afecto el despliegue de sus tendencias y posibilidades dirigidas hacia el mundo.

corresponde estar ahí. Lo harán siempre y cuando mamá y papá en cuanto esposos *privilegien* su rol conyugal por encima (incluso)¹¹ de la realidad de sus hijos.

En caso contrario puede *fijarse todo una dinámica edípica* que prevalecerá en el tiempo (con diferentes graduaciones), que no permitirá que el niño o la niña puedan despegarse de esas figuras. Sus ‘decisiones’ estarán ligadas a esta realidad.¹²

Al comprender los niños la fuerza amorosa que une a papá y mamá, ellos se ‘sueltan’, se ‘alejan’ de esa posibilidad, se ‘liberan’ de penetrar en ese vínculo y quedar atrapados en él, con una *ganancia enormemente positiva que está ligada al papel de la identificación y del ideal*. Afirma el niño sin decirlo: “yo seré *cómo* papá (no papá) y me casaré con una mujer *cómo* mamá (no mamá)”. La niña por su parte afirmará: “yo seré *cómo* mamá y me casaré con un hombre *cómo* papá.”

El ‘complejo de Edipo’ así entendido (no sería tal en definitiva) será una instancia de pérdida y de ganancia para los niños. Aprenden entonces que el objeto de vinculación no está presente en su propia casa sino fuera de ella. Es un paso camino a la realización de *su proyecto de vida* distinto del de sus progenitores.

Simbolización e inteligencia

Una vez que se trató la dinámica ‘edípica’ podemos pasar al desarrollo escolar (período de latencia en Freud) que está ligado a una mayor desarrollo del lenguaje verbal, pero también del pensamiento (la inteligencia) que es aun muy rudimentario en el niño y muy alejado de lo que sería el pensamiento adulto.¹³

Aunque la inteligencia en el niño sea distinta a la del adulto, paulatinamente la inteligencia infantil trabaja al ‘modo adulto’, es decir, el niño comienza a distinguir ciertas realidades. El niño pregunta “¿qué es esto? ¿qué es aquello otro?” Aparecen ante él cosas distintas que puede reconocerlas como tales. La distinción es un acto propio de la inteligencia. Ahí se tocan (de modo esencial) la inteligencia en el niño con la del adulto.¹⁴ Otras funciones intelectuales espontáneamente comienzan a surgir, aunque aun de modo rudimentario (si se lo concibe del punto de vista adulto), el niño a los 3 – 4 años comienza a preguntar ‘¿por qué?’ A su corta edad ya está pidiendo explicaciones de las cosas. También aquí se tocan las inteligencias infantiles y adultas.

Hay otra función que emerge con mucha fuerza, la *capacidad de simbolización* por la cual un pedacito de madera es un ‘autito’, por la que una escoba será un ‘caballo’. Todo esto nos indica que el *niño* a medida que pasan los años está *penetrado de mundo*, de *su mundo*, del mundo hecho ‘yo’, el mundo asumido. El lenguaje, la simbolización, la inteligencia discriminadora¹⁵ son funciones que lo ponen en contacto con el mundo, lo abren a éste y por medio de las cuales el mundo es mundo interiorizado, hecho ‘yo mismo’. Son funciones que se despiertan (actualizan) a medida que el niño deambula, se aleja paulatinamente de la madre y otras figuras de apego; en la medida en que se reconoce y se pone en contacto con los objetos y otras personas del mundo más amplio.

Tales funciones permiten recrear el mundo, asumirlo en la medida que es mundo explorado / conocido y cada vez más alejado de las influencias parentales, aunque todavía inmerso en ese ámbito. Lo importante es que el despliegue de tales funciones actualizadas una y otra vez permitirán al niño *llenarse de mundo propio*, que sea personal y privativo sólo de él y nada más que suyo. El *encuentro*

¹¹ Lamentablemente, esta realidad enunciada, pocas veces es comprendida y asumida vivencialmente por los padres.

¹² No es raro ver como mujeres jóvenes se casan con hombres mayores y muy semejantes a sus padres. Lo mismo sucede en el caso de los varones. Se casarían en sus fantasías inconscientes con sus padres; o el caso de varones que si bien se casaron con sus esposas le prestan mucho más atención a sus madres que a sus mujeres, entre varias posibilidades ‘edípicas’ más.

¹³ La teoría psicogenética de J. Piaget nos ayuda a comprender esta realidad. El autor ‘grafica’ el desarrollo de la inteligencia desde el bebé hasta el adolescente – adulto.

¹⁴ Aquí se intenta no tanto distinguir una inteligencia de la otra, la infantil de la adulta (como lo haría más bien Piaget) sino presentar aquello que es idéntico a todo el desarrollo de la función o potencia.

¹⁵ No es mi interés centrarme en hablar detalladamente sobre el lenguaje, la simbolización y el pensamiento en el niño, cosa que llevaría mucho tiempo y que no tiene sentido en una exposición como la presente. Mi interés radica en una exposición abierta que permita una mirada de conjunto, amplia, con sentido general respecto a lo que ocurre en el niño a medida que va rompiendo ciertas ataduras y ganando ciertas posibilidades camino a la realización personal a lo largo de las etapas de la vida.

apasionado con el mundo (expresado vehementemente a través del juego, el juego solitario primero y luego con sus pares) les permite romper progresivamente ataduras primitivas con los padres (en especial con la madre) camino al proyecto existencial propio que asumirá siendo adolescente tardío o ya *adulto responsable*, como diría R. Guardini.

Los hermanos

Con las afirmaciones anteriores hemos avanzado mucho en el tiempo siguiendo una línea argumentativa. Es necesario volver atrás y plantear ciertas realidades que también tienen una trascendencia enorme en la vida de los niños camino a la autonomía, que por el momento no han sido mencionadas. Se habló de la madre, del padre y demás ‘figuras significativas’ pero no se mencionó explícitamente a los *hermanos*. Ellos cumplen un rol preponderante en las rupturas y separaciones camino a una mayor unidad y actualización de la personalidad.

De un modo arbitrario, porque depende de muchas circunstancias vitales e históricas (que el niño recién tenga un hermano después de ocho años no es lo mismo que lo tenga a los dos años de vida; como así también que no tenga nunca hermano / a entre varias posibilidades más). Por eso podemos hablar de una nueva *ruptura o separación* (dependiendo de las situaciones podría ser considerada cronológicamente una ruptura anterior a las ya mencionadas) camino a la autonomía personal: la concepción y el nacimiento de un hermanito / a.

Esta realidad no es ‘inocua’ a la luz de la psicología del desarrollo. Es crucial para comprender lo que aquí se pretende. El nuevo invitado a la existencia es percibido no sólo por los padres sino también por el hermano mayor y de un modo especial. Aunque no lo sepa ni le agrade la presencia del *invasor*, tal hecho marca una enorme posibilidad de desarrollo perfectivo para ese niño ‘celoso’¹⁶, la posibilidad paulatina de comprensión de que su camino personal no se agota en los padres sino que va más allá de ellos.

Algunas veces, durante la gestación pueden verse actos de cierta violencia contra el vientre materno, como modo explícito de hacer saber su descontento. Luego del nacimiento, los hermanos mayores pueden asumir comportamientos regresivos, es decir, pautas de conducta ya superadas, como ser la aparición de enuresis; o pueden presentar conductas llamativas como berrinches, o conductas tales que merezcan una atención exigente que quizás antes no mostraban.

El niño en estas circunstancias necesita de ciertas condiciones favorables para que la presencia del hermanito no sea algo que lo fije a esta etapa infantil y que le impida superar ese ‘saberse o sentirse desplazado’. Los padres han de estar atentos y con cariño y comprensión hacer superar esa realidad. Han de saber integrarlo además de hacerle *saber* y *sentir* con palabras pero fundamentalmente con actos que realmente lo quieren. El hermano no viene a desplazarlo sino a enriquecer su vida y la vida de la familia. En una atmósfera cálida, de comprensión e integración entonces el niño tendrá el sustento firme que le permita seguir avanzando en su vida personal cada vez más alejado del ámbito familiar nuclear.

Con el tiempo comprenderá a fondo (incluso con la presencia de nuevos hermanos) que ni él ni ninguno ellos están allí para quedarse fijado a sus padres sino para ir más allá de ellos. Sabrán que el amor de sus padres es algo grato, bello y necesario pero no constituye el destino final de sus anhelos y búsquedas, sino que las mismas se encuentran más allá de los padres e incluso de sí mismos. Los padres son los responsables de que esto suceda en la vida de los hijos.

Jalil Gibrán recuerda en su poema ‘De los hijos’¹⁷ para los padres:

“Vuestros hijos no son vuestros hijos.

Ellos son los hijos y las hijas de la Vida prolongándose a sí misma.

Ellos nacieron a través de vosotros, pero no desde vosotros,

Y aunque vivan con vosotros no os pertenecen.

¹⁶ Desde tiempos remotos sabemos de la envidia, celos y hasta odio del mayor respecto del menor que viene a usurpar el puesto de privilegio que ha ocupado hasta su llegada. San Agustín (siglo V d. de C.) describe ‘la mirada’ del niño celoso: “Un niño que yo vi, que yo observé, estaba celoso. Aún no hablaba, y miraba fijamente, pálido y amargado, a su hermano de leche. Esto es un hecho conocido.” *Las confesiones*, págs. 21 y 22.

¹⁷ Gibrán, Jalil: *El profeta*, págs. 50 y 51.

Les podéis dar vuestro amor, pero no vuestro pensamiento, porque ellos tienen sus propios pensamientos.

Y en la medida de vuestras posibilidades, habéis de cobijar sus cuerpos, pero su alma jamás morará en vuestros hogares.

Porque su alma habita en el mañana; un mañana al que ninguno de vosotros visitará, ni aun en sueños.

Y podéis afanaros en ser parecidos a ellos, mas no pretendáis moldearlos a vuestra imagen...

Sois vosotros arco y vuestros hijos flecha. Y desde el arco, la Vida lanzará su flecha sin dilación..."

La realidad de los hermanos es de importancia capital (o debería serlo) en la psicología del desarrollo. No es algo 'neutral' o sin importancia que los hermanos sean sólo dos a que sean cuatro o más o que no existan. Tal realidad condiciona la vida de esas personas.

Para nuestros fines queremos indicar una realidad que no se resalta demasiado. Es la realidad de la *familia numerosa*. Hoy en día pocos piensan en tal familia. Las tasas de natalidad de los países están en continua decadencia y por debajo del nivel de reposición poblacional, lo que conlleva a mediano y largo plazo a grandes 'suicidios' económicos, nacionales y culturales. Son varios los factores que llevan a las personas a pensar en pocos niños. El más nombrado es la 'cuestión económica', pero también el desarrollo de una profesión que no permite demasiado tiempo para ellos. No profundizo en esta realidad.

Mi interés radica en lo que significa la familia numerosa para las personas que viven y se desarrollan en la misma. En una familia numerosa los hermanos viven en una especie de 'laboratorio social' o en una suerte de 'sociedad achicada'. Tal circunstancia histórica les permite una mayor facilidad de acceso al mundo amplio de lo social porque se ha nutrido al 'mundo más privado' de la presencia constante de personas. Ha aprendido que no es 'el único' ni el 'privilegiado'. Ha tenido que convivir con un caudal de situaciones, desplazamientos, privaciones pero también con la posibilidad de la cooperación entre hermanos o 'pares', no quizás de la misma edad, pero si 'pares' ante las mismas autoridades.

En cierto sentido, tener muchos hermanos significa que hay más posibilidad de contacto con ellos que con los padres y esto en un sentido positivo. Será más fácil la salida al mundo. No estarán tan atados a los padres y el mundo de los hermanos 'pares' los prepara para una mayor inserción en el mundo de los 'pares' de la dinámica social más amplia. Aquí no habría un corte o una ruptura como en las otras temáticas planteadas, simplemente una *circunstancia especial* que facilita el camino al exogrupo y a la exogamia. Promueve además con mayor fuerza la autonomía personal. Claro que siempre hay excepciones. Tal vez uno de ellos entre los varios cargue con una responsabilidad 'extra', de ser el cuidador de los padres en su ancianidad. Para ello realizaría por ejemplo, enormes privaciones personales, tales como *no casarse* para el cumplimiento efectivo de tal propósito.

Por eso aquí también rige el principio que han de asumir los padres. Ellos son los encargados de promover a los hijos hacia la vida, hacia el mundo, y *no hacia ellos* para encadenarlos. Como decía Gibrán, ellos han de ser *arco* para proyectar a sus hijos (*flechas*) a la existencia. La actitud contraria sería que ellos fuesen *redes* que atrapen a sus hijos. Esto puede darse por motivos varios no siempre del todo conscientes.

El jardín y el desarrollo escolar

El niño sigue creciendo, continúa su desarrollo e ingresa al jardín, luego a la escuela. Este pasaje es también una ruptura importante. En mi experiencia son varios los niños que tienen como primer recuerdo su entrada al jardín ligada al llanto, es decir, el no querer quedarse allí (sería una experiencia negativa y frustrante más que una espera fantasiosa por explorar y conocer nuevos ámbitos en el mundo). Algunos se recuerdan llorando a la vez que observan cómo sus madres se retiran de la escuela (a veces también llorando). Probablemente no hubo una buena preparación para este corte.

La entrada al jardín y luego a la escuela / colegio es una *importante separación* camino a la individuación. Marcará un primer pasaje al mundo más amplio de lo social. Se dispone al niño para un movimiento más firme hacia el mundo de lo social, de los pares, de las nuevas reglas de convivencia y

para un mundo nuevo de autoridades al que mínimamente tendrá que adaptarse. Dependerá claro está de los padres y de los recursos personales del niño para poder adaptarse a este nuevo mundo que empieza a conocer.

Tal realidad escolar le permite al niño / a ir cortando ciertos lazos con la familia. Va desplegando entonces todo su bagaje intelectual, corporal y afectivo en ese nuevo espacio ligado a la figura de compañeros y amigos de su misma edad. El niño / a sin perder a su familia, se separa algo más de ella y se une a un mundo más amplio. Pierde en cierto sentido y gana en otro.

La entrada al colegio es también una prueba de fuego para los padres porque se exponen en sus hijos a la *mirada social de otros*. Se evalúan de alguna forma los aprendizajes que sus propios hijos han adquirido en su infancia primera, lo que sería para ellos el éxito o fracaso de la educación familiar puesta en examen ante los ojos de la sociedad más amplia. Pero también, se percibe la capacidad, flexibilidad y plasticidad que tienen los padres para ir posibilitando la autonomía de sus propios hijos, se puede decir, el arte que tengan en este momento (y en cada momento) de la existencia de ellos bajo su dependencia, de ‘dejarlos ser’ y ‘dejarlos ir’, sin caer en los dos extremos ambos perjudiciales del *abandono* (un falso dejarlos ser–dejarlos ir) que se traduce también en una falsa independencia y madurez; y la *sobreprotección* ligada a la desconfianza que se siembra con esa actitud.

El ingreso a la escuela / colegio marcaría en el *esquema freudiano* lo que se denomina el *período de latencia* por la que la libido entra en una etapa de subyacencia, cómo si ésta estuviera oculta bajo el desarrollo de otras esferas más ligadas al mundo de lo intelectual y de lo social. En el *ámbito cognitivista de J. Piaget* nos encontramos con el período del *operatorio concreto* que es la etapa de razonamientos de tipo concreto, ya que es niño es capaz de pensar estableciendo relaciones o distintas operaciones con las cosas presentes a sus sentidos, dejando de lado las ‘estructuras intuitivas’ (o mejor dicho asumiéndolas, pero con mayor posibilidad de afirmaciones objetivas)¹⁸

La pubertad y la adolescencia

Pasamos revista al tiempo y llegamos a un período fuertemente impactante para la vida del niño que marca una ruptura fuerte, un estremecimiento de su ‘yo’. Se produce con el paso del tiempo una verdadera *revolución neuroendocrinológica – psicológica*. Nos referimos a la pubertad que genera un cambio abrupto en la vida de los / as niños / as. Los mismos se van transformando en niños en cuerpos de adultos. Por la importancia del tema le daremos muchas líneas a su tratamiento.

Sin penetrar en detalles de orden neuroendocrinológicos sabemos que hay mayor presencia de hormonas que definen un crecimiento acentuado, fuerte y a veces hasta desproporcionado que deja en el psiquismo del niño una impronta psicológica única. Lo psíquico hace irrupción en el seno de los cambios biológicos de un modo indecible. Por eso la revolución es doble biológica – psicológica. Por lo general se dice de un modo algo simplificado que la pubertad corresponde al orden de lo biológico y la adolescencia al orden de lo psicológico. Acá los tomamos como un *único proceso de ruptura* que permite un nuevo orden de configuraciones en la vida de la persona.

R. Guardini afirma que existen dos ‘impulsos básicos’ durante la pubertad. El primer impulso referido a la *afirmación personal*. Dicho de un modo más amplio, podemos decir que tal tendencia sería como el despertar del crecimiento físico, de la fuerza física y la agresividad que son potencias de autoafirmación psicológica y personal. Es decir, fuerzas que recaen sobre uno, sobre las propias posibilidades personales camino a la consecución de un poder, una autovaloración y estima propia. Son las potencias de las que se dispone para ser nosotros mismos y ocupar un lugar en el mundo como alguien único e irrepitible a la vez que distinto de los demás.

Tal fuerza se conducirá por diferentes carriles que serán actualizados de diferentes formas posibles. El adolescente se hará valer a través de los diferentes logros conseguidos en su estudio, en el deporte, en sus intereses personales que le irán abriendo un mundo de posibilidades y de derroteros que le permitirán *asentarse en la existencia*, afirmando con su modo de obrar y de conducirse: ‘este es mi mundo, este soy yo’. El punto final de este recorrido terminará con una identidad personal

¹⁸ El ejemplo de la bolita de plastilina. Si se le entrega a un niño del ‘preoperatorio’ y se hace con ella una víbora de plastilina entonces el niño afirmará que ‘hay más plastilina’ (esto es una respuesta intuitiva). El del operatorio concreto responderá correctamente, que existe la misma cantidad, aunque haya cambiado su forma, su extensión, etc. Ejemplo extraído de Rappoport, León: *La personalidad y sus etapas*, págs. 132 y 133.

consolidada (la ‘Identidad’ en E. Erikson). Es decir, una persona que se conoce relativamente bien, que conoce medianamente sus potencias, sus limitaciones, que cuida de sí, que tiene bastante definido sus ideales y valores personales; y que sabe lo que quiere en líneas generales para su vida personal, en cuanto a cuestiones vocacionales y profesionales.

El segundo impulso es la *tendencia sexual*. Si bien el mismo ya estaba presente en la vida infantil¹⁹, todavía su presentación no está del todo clara, sino más bien difusa, pero existente sin lugar a dudas.

Como afirma Guardini, la sexualidad en los comienzos y en el desarrollo de esta etapa no está del todo inserta ni integrada al conjunto de la personalidad.²⁰ Frankl sostiene exactamente lo mismo y grafica las etapas del desarrollo psicosexual²¹ camino a la ‘personalización’. Esta tendencia sexual pasa de ser ‘mera descarga’ a una potencia más definida que apunta a una persona del otro sexo cualquiera sea; para llegar a ser de modo final una verdadera tendencia orientada hacia una persona única e irrepetible. En síntesis, de impulso sexual a instinto sexual para llegar a ser tendencia sexual dirigida intencionalmente a una sola persona. En otras palabras, la tendencia sexual asumida y ordenada por el amor a la persona única e irrepetible. Aquí la sexualidad como ‘sierva’ de otra potencia, del amor como sentimiento y decisión conciente y deliberada a la realidad única del otro en cuanto ‘tú’ significativo para ‘mí’.

Entonces, es en la pubertad donde comienza el proceso de personalización de la tendencia sexual. El punto final estaría dado por lo que E. Erikson denomina la ‘Intimidad’, es decir la capacidad concreta de fusión de dos identidades bien consolidadas sin posibilidad concreta de perderse el uno en el otro, sino al contrario, de unirse amorosamente (y enriquecerse por esto) a la vez que logrando mayor autoafirmación personal al hacerlo.

Queda claro que si bien estas *potencias básicas* son claramente distintas a su vez son intrínsecamente complementarias, están ordenadas la una a la otra. Bien lo afirmaría Erikson (lo supone por lo menos) ya que él coloca a estas dos etapas unidas y a la *identidad* como correlato necesario para la *intimidad*. Son dos fuerzas que se despliegan en los mismos tiempos y terminan de consolidarse ante la presencia de un otro significativo. Es necesario ser un ‘yo’, es decir una *identidad* fuertemente consolidada, para encontrarse con un tú en la *intimidad* (sexual amorosa); pero también es cierto que el yo se termina de constituir como tal ante la presencia significativa del ‘tú’.²²

Cuando nos referimos al ‘tú’ nos referimos al ‘tú amado’ y quiere decir el ‘tú’ que es percibido como alguien distinto de yo, que también es un ‘yo’ apprehendido como valioso, como único e irrepetible. La persona que es capaz de percibir, de darse cuenta del valor de ese ‘tú’ presente se pone en el trato con ella lejos del plano del utilitarismo. Es decir, el otro no es una ocasión para servirme de él, para manipularle abierta o sutilmente, para mera compañía que mitiga el vacío personal y el miedo a la soledad; sino como el otro significativo que es *valioso en sí* ante el cual se afirma: “Es bueno que existas” - “Es bueno que estés en el mundo.”²³

Martín Buber desde sus afirmaciones filosófico poéticas habla de las relaciones primordiales *yo-tú – yo-ello*²⁴, en donde la primera es la relación del *yo con otro* que es *presencia, encuentro, exclusividad, claridad y relación directa*, donde el *tú* llena el horizonte (para ese yo) y las demás cosas sólo pueden vivir a su luz.

La segunda se refiere al yo para el cual el otro es nada más que un objeto entre varios que lo limitan. En términos más claros Buber traduciría el espíritu del yo que se encuentra a fondo con un tú en la intimidad; mientras que en la segunda relación se presenta el yo que mira, manipula, utiliza, controla, domina al mundo, a las cosas o a las personas de modo indiferente y sin más.

¹⁹ Esta es la gran tesis defendida por Sigmund Freud con algunos aciertos y desaciertos en sus formulaciones.

²⁰ Op. cit., pág. 61.

²¹ Frankl, Víktor E.: *Psicoanálisis y existencialismo*, pág. 220.

²² Frankl recordaba la frase del objetivo terapéutico de Freud: “donde está el ello debe realizarse el yo”, y agrega: “... pero el yo no se vuelve yo sino en el tú.” *Ibid.*, pág. 25.

²³ Pieper, Joseph: *Las virtudes fundamentales*, págs. 435 y 436. Tal afirmación es común a todas las formas de amor pero en especial del amor sexual.

²⁴ Buber, Martín: *Yo y tú*, págs. 7 y siguientes.

Es importante afirmar que la *presencia del tú* en el amor es lo que posibilita la invitación y determinación al *yo* para que rompa sus vínculos primigenios con sus padres, para que pueda dar el paso a la vida adulta. Es necesario la fuerza del amor al otro, de un tú que llena la vida del yo para poder romper las fuertes ataduras que ligan a la persona a su mundo familiar nuclear. Si esta realidad amorosa no fuese fuerte no existiría la posibilidad que el *yo se desligue – desate* de la seguridad de sus vínculos parentales (aquí se observa una arista del complejo problema del síndrome de Peter Pan). Tal afirmación nos permite comprender la importancia del amor humano en el desarrollo de las personas, y fundamentalmente en la vida adolescente.²⁵

Recapitulando lo dicho hasta aquí, se presenta lo ocurrido durante la pubertad y la adolescencia, el surgimiento fuerte de dos impulsos básicos: la tendencia a la afirmación personal (consolidación del yo – fuerza centrípeta – dirigida hacia sí) y la fuerza del apetito sexual (la posibilidad de encuentro del yo con el tú en el amor, ya que la potencia sexual por naturaleza propia es una fuerza centrífuga - dirigida a otro). Las mismas si bien son diferentes están intrínsecamente ligadas. Están llamadas a unirse en la *intimidad eriksoniana*. Hemos descrito brevemente (aunque supone el pasaje de varios años) el recorrido naciente en la pubertad hasta la conclusión en el adulto joven.

Es preciso volver atrás para marcar otro proceso que acompaña a lo anteriormente mencionado. Antes de la ruptura fuerte con el mundo familiar en la constitución de una nueva pareja y familia, existe una *ruptura transicional*, a saber: *la presencia de los amigos*. Tiene el carácter de una ruptura real, ya que prepara el terreno para que el adolescente se desvincule de los padres y en ese progresivo alejamiento se pueda dar la ocasión favorable para el encuentro con otro en cuanto que ‘tú’ en el amor.

Los amigos no sólo *sirven para eso*, aunque sin saberlo juegan ese rol en la vida de las personas. También permiten el encuentro con el mundo más amplio de lo social. Por ellos aparecen las simpatías de los buenos momentos, la posibilidad de compartir diferentes situaciones de la vida, como el juego, los deportes, las actividades artísticas; como así también la posibilidad de entregar el corazón confiado al otro, el aprendizaje de la cooperación en función de proyectos comunes, las fidelidades y lealtades de grupo, etc.

Las relaciones construidas disponen el corazón del varón y de la mujer como bagaje para el encuentro personal. Porque el encuentro heterosexual no es sólo en el plano de la atracción sexual, ni tampoco en el plano de la mera simpatía por el otro; sino que va más allá, atraviesa el plano de la amistad, para llegar al ámbito más maduro del encuentro en el amor profundo y exclusivo con otro. Los amigos van preparando sin saberlo ni pretenderlo todo ese camino para que la persona atraviese distintas etapas en el desarrollo y especificidad de la orientación sexual camino al amor maduro y exclusivo.

Puede suceder que la persona se quede atada (fijada) a los amigos y peor aún, fijada a los amigos y / o también al mundo parental. En los dos casos, la presencia del amor al otro o no existirá o estará de manera difusa. Se producirá lo que Erikson llama ‘aislamiento’, que también podríamos llamar de manera complementaria ‘pseudointimidad’. Porque la persona no dará el paso (incluso no se animará) para el encuentro con otro (*aislamiento*) o si lo da será de modo parcial y poco auténtico (pseudointimidad)²⁶ ya que el encuentro con el otro no es verdadero encuentro.

²⁵ He aquí parte de la tragedia contemporánea. Se respira en la cultura adolescente una descreencia respecto de la autenticidad del amor humano, en gran parte justificada por los enormes desencantos sufridos por varios de ellos en relaciones que creyeron supuestamente *amorosas* que les llevaron a confirmar y decretar en su interior no solo la falsedad de las mismas, sino también la inexistencia del amor. Tal sentencia los deja escépticos respecto de esa posibilidad y con ello privados no sólo de crecer y desarrollarse como personas, sino también de disponer su persona en pro de su felicidad personal. Como no se quiere sufrir no se ama (es el mejor preventor para evitar el sufrimiento) exponiéndose entonces a relaciones pasajeras, efímeras o como modo de no estar solo. Si bien es cierto que si no se ama no se sufre (o mejor, no se sufre tanto), también es cierto que si no se ama (ni se aprende a amar) tampoco se puede ser feliz ni se alcanza la máxima realización humana posible.

²⁶ Ejemplos de pseudointimidad: personas que se casan porque ‘se supone que hay que hacerlo’ (a determinada edad) o porque ha habido alguna presión para tomar esa determinación (por parte de la novia casi siempre) o debido a un embarazo ya ‘que para el bien de la criatura se requiere que vivamos juntos’, entre varias posibles.

En el tiempo adolescente hay otro suceso que marca la ruptura del mundo familiar, el acceso al mundo profesional / laboral. Todo el desarrollo de la dinámica vocacional universitaria, profesional o de oficios en general marca también un punto de inflexión o de ruptura, ya que la persona comienza a definir su rumbo profesional / laboral que le permitirá una confianza personal (sentirse útil – autoeficacia – autoestima) además de permitirle la posibilidad de respaldo e independencia económica. Es decir, la posibilidad segura y real de actualizar su vida cada vez más lejos del mundo familiar parental.

En síntesis, el *grupo de amigos*, el *desarrollo de una carrera universitaria o aprendizaje de un oficio y posterior desarrollo laboral*; y el *enamoramiento y amor madurado con una persona experimentada como única e irreplicable* para él / ella, constituyen la más fuerte ruptura con el mundo parental. Todo esto son indicios concretos que la denominada *adolescencia tardía* por algunos autores ha sido en líneas generales superada y marca el pasaje a lo que podríamos llamar el mundo adulto.

La libertad personal

Todo ser humano posee su *background personal*, es decir, todo su potencial genético – constitucional actuante, pero también lo aprendido de su mundo experiencial más cercano (ha internalizado un mundo significativo ligado a valores humanos) y por fin el desarrollo de su inteligencia y su voluntad libre, es decir, su capacidad de autodeterminación responsable²⁷, de ser autor de lo que quiere ser y responder por ello. Tal etapa puberal y adolescente presenta con mayor rigor el desarrollo de la libertad responsable. Ya no son sus padres los que responden totalmente por él (la máxima dependencia) sino que es él o ella quienes responden por sí mismos ante sí y frente a los otros.

La psicología del desarrollo por lo general enseña que las dos potencialidades del desarrollo humano residen en lo natural – lo cultural / lo innato – lo adquirido, etc. Es todo un capítulo de la historia de psicología del desarrollo que marca dicotomías y polarizaciones. La libertad personal ha jugado poco desempeño en tales disputas (por no decir ‘ninguno’). Lo peor del caso es que las posturas eran ‘eliminativas’, es decir, o una u otra. Hoy por hoy se tiende a pensar que las dos realidades son actuantes en el desarrollo del potencial humano (lo cual constituye un avance) pero se ha dejado de lado el papel de la libertad (y el de la educación de la voluntad) como necesidad para el desarrollo de las potencialidades humanas. El hombre no sólo es ‘lo dado – heredado’ biológicamente ni ‘lo aprendido’ en su mundo significativo, sino también lo que elige, lo que quiere. El hombre en cierto sentido, también se hace a sí mismo por su libertad, a partir de su autoría.

Aquí se percibe un quiebre importante en la consideración de las etapas de la vida, ya que sensiblemente durante la pubertad y la adolescencia se va forjando una autonomía propiamente dicha, mucho más clara y eficaz. Ya no se es tan dependiente de las figuras parentales y de otras significativas; ya que *lo que era dependencia comienza a ser autodependencia*. La persona tiene la potencialidad de responder por sí mismo, de tomar sus propias decisiones y comprometerse o no con las mismas.

Por tanto, la libertad personal forja y desarrolla a la persona para su mayor realización en caso que la persona así lo decida. No hay que caer en abstracciones fáciles. El que la persona sea libre no significa que pueda hacer lo que ella se proponga sin más. Tal libertad personal estará limitada o potenciada en función de su constitución (lo innato) y de sus adquisiciones (lo aprendido). No es una libertad ‘en el aire’, sino encarnada en un contexto sociocultural e histórico. Pero la misma no se hunde ni se pierde en este entramado bio-psíquico-social de lo heredado y adquirido. Es capaz de ponerse por encima de sus circunstancias y elegir de modo comprometido con aquello que es arduo, por encima incluso de las ‘modas’ o de lo ‘temperamental’ y de sus tendencias más predominantes.

Es importante por eso una recta educación de la voluntad libre en el mundo adolescente, porque es donde hace irrupción no sólo los impulsos ligados a la agresividad y la sexualidad sino también a la definición de su vida camino a adultez. Es decir, la definición de su realidad profesional y laboral como así también de su realidad conyugal y la formación de su propia familia. Tales realidades

²⁷ Rojas, Enrique: El hombre light – “Libertad es, pues, autodeterminación y responsabilidad”, págs. 43 y 44.

exigen renunciaciones y postergaciones para conseguir lo deseado. Tales renunciaciones no significan una pesada carga cuando se tiene en cuenta la meta a la que se camina y el gozo del tránsito hacia la misma. Hay que ‘enseñar’ que las postergaciones de la vida adolescente no son frustraciones ni sufrimientos, sino la alegría de ir construyendo lo propio sobre bases firmes y seguras, lo cual no impide para nada una verdadera recreación personal camino a la meta adulta.

Se respira en el mundo juvenil contemporáneo un mensaje que afirma según un más o un menos, que en esta etapa de la vida hay que hacer de todo, todo tiene que ser probado y hay que vivir la vida intensamente (en realidad lo que se les dice es que ‘tienen que vivir la vida alocadamente’). Hay que aprovechar ahora, porque después vienen las responsabilidades de la vida adulta. Hay que ‘divertirse descontroladamente’. Es decir, todo el mensaje redundante en decirles: “no se posterguen, no construyan, vivan ahora, el futuro no existe... y claro *consuman y consuman todo lo que puedan!*” Mas que educación tal mensaje es contrario a su vida más plena y a la alegría misma del ser adolescente camino a la adultez.

La vida adulta. La vida conyugal. La familia

El adolescente de la etapa tardía ha definido su identidad sexual, sabe qué es lo que quiere, conoce sobre su vocación profesional o de oficios y ‘algo’ de su realidad laboral. Ha definido sus valores a los cuales quiere consagrar su vida. Se ha enamorado y ama a una persona que para él es única e irreplicable, por lo tanto irremplazable.

La fuerza de sus decisiones vocacionales y de su estar enamorado de una persona única le hace distanciarse física y psíquicamente de su mundo familiar. Él y / o ella anhelan su propio espacio donde poder desarrollarse. Piensa que ya no responde al mundo de sus padres, que se autosostiene y es capaz de sostener su historia, sus propios proyectos futuros y la realidad de otros.

Ahora bien, un ítem concreto que define el pasaje al mundo adulto está marcado por el hecho que la joven pareja conyugal tiene su propio domicilio, su propia vivienda.

Tal hecho no es una realidad poco importante. Si él o ella vivieran en la casa de sus suegros, por sí solo constituiría una enorme privación para la intimidad de la pareja naciente. El más perjudicado sería el *cónyuge ajeno*, que carecería de fuerza y de determinación en ese ámbito. No se sentiría dueño de ese mundo y viviría siempre bajo la presión de una ley que no es la propia. La misma pareja se estancaría y la falta de respeto sería una constante en ese mundillo ‘artificial’. Bien digo ‘artificial’ porque no es lo que corresponda a la situación de la pareja que se une para construir una comunidad de amor, ya que carece del espacio privado para encontrarse a sus anchas en su propio mundo. Hay una enorme sabiduría en la frase de la Biblia, en el relato genesíaco: “Por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos llegan a ser una sola carne” (Gn. 2, 24) La palabra clave es ‘deja’, ‘suelta’ a su padre y a su madre. Es decir, forma una nueva comunidad que requiere de un espacio propio.

La vivienda propia o el espacio conyugal propio (aunque sea un hogar alquilado) permitiría la construcción del ‘nido’ camino a la generación del ‘nido lleno’ (como contracara del proceso conocido como síndrome del ‘nido vacío’). Tal realidad marca el comienzo de una nueva vida como así también de una nueva etapa denominada por Erikson la generatividad o procreación.

La presencia ritual del matrimonio, la nueva vivienda (el lugar vital) y el encuentro heterosexual preside la realidad de la generatividad, la posibilidad real de la concepción de un nuevo ser ligado al deseo de los esposos de continuar la especie en general y su propia descendencia en particular. Se sienten maduros y se saben capaces de sostenerse a sí mismos y sostener al otro amado, pero aun más, listos para sostener la vida humana potencial. Es el hombre responsable, el hombre productivo (y no sólo en el sentido económico como suele entenderse) que es capaz de sostenerse y sostener a la vida naciente.

El encuentro del varón y de la mujer marca un hecho íntimo que pocas veces suele ser explicitado. No sólo se unen en la relación sexual genital, en el entrelazamiento y fusión de los cuerpos, sino también y en el mejor de los casos, en comunión íntima de amor que corona tal unión; y aún más, se produce una *unión real o siempre posible* a nivel microscópico. Espermatozoide y óvulo se encuentran y lo hacen de un modo muy interesante. Los espermatozoides van a la búsqueda del

óvulo pero no de un modo ciego, sino que lo ‘olfatean’²⁸, le siguen el rastro (están dirigidos hacia él) y no sólo por sus propias fuerzas propulsoras, ya que sabemos que reciben una ayuda ‘extra’. La oxitocina de la mujer liberada en la relación sexual *los ayuda* en su objetivo, *los impulsa* para que se produzca el encuentro.²⁹ Es más, son varios los espermatozoides que llegan al óvulo, y éste a través de mensajeros químicos ‘elige’ a uno con el cual unirse (y no necesariamente el primero que llegó).³⁰

La unión es doble, o por lo menos, siempre *puede serlo*. Tal unión marca una nueva realidad, la posibilidad de la concepción. Entonces, aquí hay solamente *una ganancia, y no una pérdida*. No son sólo una ‘pareja conyugal’, ahora pasan a ser también una ‘pareja parental’ (la asumen). De ser hijo / a pasan a ser *hijos papá y mamá*. De ser sólo esposos pasan a ser *esposos padres*.

Tal realidad configura sus psiquismos de un modo distinto. Ahora tendrán que *re-conocerse* y *re-confirmarse* como pareja, tendrán que *re-acomodar* roles, volver a enfrentarse y a unirse de un modo más hondo, y ocuparse por fortalecer el vínculo que los unió. Si el niño ha sido deseado, querido y buscado por ambos es más probable que la concepción, gestación y nacimiento sea una enorme bendición para el bebé (incluso a lo largo de toda su existencia, a menos que hayan episodios traumáticos en su historia infantil, como pueden ser – lamentablemente de un modo más frecuente – los abusos sexuales a menores) pero también para los padres, ya que les ofrece de modo gozoso una nueva dimensión por la que pueden *ligarse* como personas y como pareja en un *nosotros* más amplio.

Sin embargo, *los padres no han de olvidar que también son esposos*, una pareja conyugal que ha de ser atendida y satisfecha en todos los niveles, y no sólo en el sexual (la mayoría de las personas razona así), también la atención material / económica necesaria para la buena gestación del bebé y alimentación de la madre; y de un modo especial en el plano de lo afectivo (simpatía – compañerismo – ternura) y en el terreno espiritual (en la entrega amorosa y la disposición personal hacia el otro).

Es relativamente fácil que se produzcan *desplazamientos*. Claro que el desplazado es el varón a favor de la *díada necesaria mamá-hijo*. Escuché una vez decir a un psicólogo que cuando nació su hijo una y otra vez venía a su mente el estribillo de la canción de José Luis Perales “*es un ladrón que me ha robado todo*”. Descubre a su hijo como el ladrón de su mujer. Se siente fuera de ese vínculo tan hondo que se establece entre el hijo y la madre.

Al sentirse desplazado es posible que aparezca a modo de compensación la aventura extraconyugal (con algún concurso de la libertad personal). Ahora, tal realidad ha de ser ‘percibida’ y ‘atendida’ por la mujer. El hombre se siente desplazado, por tanto la mujer ha de incluirlo en el mundo diádico hijo-madre y en el mundo conyugal del que participan. El varón por su lado ha de hacerse valer y expresar sin vergüenza sus necesidades y exigencias³¹ (con firmeza y ternura) de modo tal que ambos vivan el milagro de la vida de su hijo sin abandonarse o desplazarse en cuanto unión conyugal.

El hijo marcaría solo una ganancia si su presencia es una nueva razón para la pareja o los esposos para unirse más fuertemente. De no ser así³², puede constituir una razón poderosa (entre otras ya existentes) para que los lazos sucumban o se debiliten. O sea, puede ser una pérdida la llegada del hijo, pero no por sí mismo, sino porque los padres lo desean por *razones inadecuadas*. Cualquiera sean tales razones al niño se lo desea como un medio para un fin, por ejemplo, como ‘medio’ para

²⁸ El Mundo / Salud – *Los espermatozoides son capaces de ‘oler’ el rastro femenino*

²⁹ Odent, Michel – Op. cit.: “Durante el orgasmo femenino uno de los efectos inmediatos de la liberación de oxitocina es provocar contracciones uterinas que facilitan el transporte de los espermatozoides hacia el óvulo”, pág. 36.

³⁰ Castellá, G.: Op. cit., pág. 28 en pie de página.

³¹ Muchas veces los varones se quedan callados. No expresan a sus mujeres que se sienten celosos, desplazados, por temor a que ellas piensen que son tontos o inmaduros. O bien lo hacen pero no explícitamente. Quizás se quejen con sus mujeres con repetidas ausencias, con distanciamientos afectivos, o con diversas críticas en la que siempre subyace la queja fundamental: “me estás rechazando – no me tienes en cuenta”

³² Es interesante saber cuáles son las razones por las cuales viene un hijo a la existencia. Castellá ha estudiado rigurosamente tal fenómeno, por lo que recomiendo su lectura. Un hijo puede ser llamado a la existencia ‘para salvar el matrimonio’. Dura carga para el hijo y una razón pobre para conseguir este objetivo. Tal razón significa mayor probabilidad para que este matrimonio se hunda. Igual, una mujer que ‘se embaraza’ para retener al marido, como obligándolo a que se haga cargo de ella y su hijo; o también con el novio para obligarlo a que se case con ella. Razones que más bien perjudican a la relación y están lejos de ser buenas para el hijo. Se le estaría diciendo al hijo de un modo existencial fuerte: “No te queremos a vos por vos mismo. No sos valioso en sí para nosotros. Sos un medio para conseguir lo que quiero (o lo que queremos: ‘salvar nuestro matrimonio’ o ‘para obligar a mi novio para que se case conmigo’)”, Estas son algunas razones entre un enorme abanico de razones posibles.

salvar el matrimonio, entre muchas posibles. No significa nunca que la venida de un ser a la existencia sea una tragedia. En ningún caso esto es así. El niño es valioso por sí mismo.³³

El advenimiento del hijo exige una reestructuración psicológica de los padres de modo tal que éste tenga su espacio en el mundo interno de la pareja conyugal sin romperla, sino ampliándola y enriqueciéndola con su presencia.

El hijo crece y llegan nuevos hermanos. Ya se explicó lo que ocurre. Ahora simplemente hace falta ampliar lo dicho. Con cada nuevo hijo los padres han de reestructurar su mundo personal y conyugal, pero también el familiar. Han de preparar su mundo interior como así también el exterior (su propio hogar) para recibir al nuevo integrante.

El hombre productivo

Los hijos atraviesan las distintas etapas ya tratadas en este trabajo y llegan a la adolescencia. Durante el período de la infancia camino a la adolescencia de los hijos, los adultos desarrollan su modo de *ser productivos*. Productivos en el modo más amplio del término, no sólo a nivel profesional / laboral / económico; sino también a nivel personal y familiar.

En esta etapa el adulto, varón o mujer, se hace un lugar en el mundo, un espacio donde ‘pisa fuerte’, se siente a sus anchas en un ámbito que le pertenece. Se reconoce como alguien inserto en un espacio por el que se le reconoce ‘su presencia’. Desde ese lugar, se sabe capaz de sostenerse y sostener a los demás. Se hace fuerte, tiene un lugar definido en el mundo, sabe lo que quiere, conoce relativamente bien sus capacidades y limitaciones, es capaz de producir para sí y para otros. Desde ese lugar de cierta superioridad es imprescindible que se perfeccione perfeccionando a otros, se promocióne promocionando a otros. Es por eso, que el hombre productivo termina siéndolo cuando no sólo ‘produce’ para sí, sino para otros. El *hombre productivo* es también el que se hace *hombre responsable* por y para otros. Responde por sí y para otros. Se sostiene a sí mismo y es capaz de sostener a otros y de hecho *lo hace* (fecundidad – generatividad), no sólo desde lo económico sino también desde lo emocional y moral.³⁴

Tal hombre (varón o mujer) es quien ha podido cortar los lazos primigenios con sus mundos parentales. Posee independencia económica, emocional y su mundo propio, es decir su casa y ‘su hogar’ donde ambos cónyuges construyen su mundo desde sus peculiares formas de ser.

Nos encontramos entonces en esta etapa con el *hombre productivo, responsable y generativo*.

La crisis de la mediana edad de la vida

Transcurre el tiempo y los niños por su lado se hacen adolescentes. Sus padres por el suyo llegan a una etapa crítica enormemente importante que marca una situación de ruptura fuerte. Se produce en esta crisis el perfecto equilibrio entre *lo sido* (el pasado como recuerdo y bagaje personal) y *lo por llegar a ser* (el futuro como proyecto posible). El equilibrio entre el recuerdo y las expectativas. Nos encontramos en la *crisis de la mediana edad de la vida*.

Al promediar los 40 años las personas sienten un cierto malestar que se traduce en una vivencia de *monotonía*, de *rutina*, donde la vida ha perdido carácter de novedad. Todo aparece como lo mismo día tras día. Falta frescura, algo nuevo. Han pasado 15 años al menos de hacer el mismo trabajo y de convivir con una misma pareja, lo que genera una cierta *apatía* y *aburrimiento*.

Además, las *fuerzas vitales no son las mismas*. Los proyectos, trabajos, iniciativas que iba planteando y ejecutando en la etapa del hombre productivo no pueden ser atendidos. El hombre siente que sus actividades y objetivos se les van de las manos. Hay cosas a las cuales no puede responder ‘cómo lo hacía antes’ y se frustra por ello.

Hay también como un *especie de estado depresivo*. Tiene la sensación que algo se ha perdido, algo ha muerto. Ocurre algo sumamente importante. El hombre de la mediana edad *sabe* y *siente* que va a morir. El adolescente y el hombre productivo tienen un concepto de la muerte. Saben que van a morir, pero no es una vivencia que entra en sus esquemas. Están demasiado ocupados en sus proyectos que tal posibilidad resulta casi imposible. En cambio el varón y la mujer de la mediana edad vivencia

³³ Kant decía: “Obra de tal modo que trates a la humanidad, tanto la tuya como la de las otras personas, siempre y simultáneamente como fin y nunca como medio.”

³⁴ Lo referido en el párrafo sería como una *síntesis integradora* del pensamiento de A. Adler, R. Guardini y E. Erikson.

el hecho de la muerte, incluso de la suya propia como algo real, muy real. Tal vivencia está dada por el estancamiento y el descenso de sus fuerzas vitales. Sus fuerzas vitales en cierto sentido empiezan a morir. También es probable que sus padres ya ancianos requieran de mayores cuidados médicos, incluso pueden estar cercanos a la muerte o ya fallecidos. Del mismo modo, amigos, tíos, personas cercanas pueden estar en ese tránsito de muerte que puede tocarles de cerca. Es decir, el contacto con la muerte es más ‘palpable’.

Otra realidad que colabora en esta *vivencia de muerte* es la enorme importancia que se le da al cuerpo esbelto, sano y bello en nuestra cultura actual. En esta crisis, se hace notable que el cuerpo no es el mismo. Hay una cierta pérdida del atractivo físico por lo que esto puede redundar en una mayor vivencia de pérdida, por lo tanto, en una vivencia más pronunciada de muerte.

Ahora, si bien parece que esta crisis así presentada en su conjunto es una desgracia, en realidad muy por el contrario, es una *invitación fuerte a un cambio enriquecedor* que está precedido por síntomas de distinta intensidad según las personas.

La crisis de la mediana edad es más bien una *posibilidad de enriquecimiento profundo*, que por serlo así, necesita un impacto fuerte en la vida de las personas, para en cierto sentido ‘invitar’ (una llamada interior dicen algunos autores, como ser C. G. Jung) pero también ‘imponer’ un cambio existencial y vivencial que difícilmente ocurriría en caso de no mediar estos signos.

Ahora bien, como todo en la vida humana, tal cambio producto de la crisis puede ser a) un nuevo posicionamiento camino a una mayor realización personal o b) una huída como apariencia de cambio con motivo de salir del hastío monótono en que se encuentra.

Como decía el filósofo Gabriel Marcel: “Cumplirse o evadirse”³⁵, no le queda otra al hombre en esta crisis (en realidad en toda crisis y por el solo hecho de *ser hombre*).

En caso de aceptarla y enfrentarla la persona se pondrá camino a la segunda etapa de su vida. Segunda y última, la más ardua pero la más plena de su existencia. Marca el camino hacia la muerte personal. Pero lejos de ser trágico este planteo está dotado de fuerte sentido ya que la vivencia honda de la muerte es lo que la da el toque de hondura y riqueza a la vida.

Como ‘la vida acaba’ es necesario vivirla con plenitud sabiendo que *no se puede todo*, probablemente pocas cosas pueden llegar a término y lo mejor, seguramente *sólo las más importantes*. Si el hombre fuera inmortal viviría en una auténtica apatía e inmovilidad, por lo que ‘siempre habrá tiempo para hacer, pensar, vivir...’ Sería un verdadero desastre psicológico si en el tiempo el hombre viviera para siempre. Sería como querer leer un libro que no tuviese fin o ver una película que no tiene desenlace. En realidad nadie leería tal libro, nadie vería tal film. Además, no sería posible el heroísmo en ninguna de sus formas. Nadie podría morir (entregar su vida) por ninguna causa ya que sería imposible. Por tanto, la muerte lejos de ser absurda es más bien la invitación fuerte a la vida llena de sentido, a jugarse la existencia *cumpléndose* según los más altos valores.

De modo concreto la crisis de la mediana edad requiere cambios palpables y reales en la vida de las personas. *El cuerpo se ha pronunciado*. Este ‘denuncia’ que las fuerzas vitales no son las mismas. Por eso un primer cambio estará dado por el tiempo que se dedica al trabajo, como así también una reorganización de los tiempos referidos a la familia y a los amigos. Para Nichols³⁶ esto sería un cambio más bien superficial pero no por ello menos importante. Según él son varios los autores que hacen hincapié en tal aspecto más bien externo de la crisis olvidándose del cambio más verdadero y auténtico, el interior. Este cambio interior supone un balance profundo de la vida hasta el momento actual en la que se presentarán las preguntas más acuciantes: ¿qué hice? ¿cómo lo hice? ¿realicé todo lo que me propuse? ¿estoy conforme con lo hecho, con lo vivido? ¿me faltó algo por realizar? Estas preguntas no son a modo de cuestionario, sino *preguntas existenciales fuertes* que vuelven una y otra vez sobre la vida de la persona (si ésta asume la crisis).

Para responder necesita hacer un alto en el camino para pensar, repensar, meditar, revisar y reorganizar su pasado. Una mirada interior comprometida sobre sí mismo. Por esto necesariamente ha de volver sobre sí en la soledad. Difícil tarea, ya que no estamos acostumbrado en nuestro mundo actual a estar solos por decisión propia. Simplemente ‘no nos gusta’, no lo soportamos (nos

³⁵ Velasco Suárez, Carlos Alberto: *La huída de la intimidad*, pág. 9.

³⁶ Nichols, Michael P.: *Análisis psicológico de la crisis a los 40 años*, pág. 10.

sentiríamos deprimidos, ansiosos, irritables y / o vacíos) o a modo de racionalización diríamos: ‘hay cosas más importantes’. Esto no significa perderse irresponsablemente del ámbito familiar y laboral. Simplemente *darse la importancia debida*, y para eso es necesario permitirse ciertos momentos del día, un fin de semana para algo distinto, en definitiva para un encuentro de amistad consigo mismo. De no ser así, de no haber momentos de retirada a la soledad es muy difícil introducirse en el interior de uno para mirarse, para ver la vida desde una perspectiva diferente³⁷, para luego reasumir el timón de la existencia personal camino hacia la segunda etapa de la vida. Es necesaria no sólo una mirada interior, sino un replanteo profundo de nuestros valores³⁸, ideas, ocupaciones, obligaciones e intereses personales; como así también, una *preparación remota* para lo porvenir: *la vejez y la muerte*.

La persona ha de reencontrarse con su pareja³⁹. El vínculo conyugal ha de ser revitalizado. Para ello han de generarse situaciones novedosas que despierten el interés del uno por el otro, pero no al modo adolescente solamente (un interés romántico y / o pasional) sino mucho más pleno, que tiene tras sí muchos años de experiencia. Volver a enamorarse pero para amarse más profundamente. Eso requiere tiempo y voluntad decidida de querer encontrarse.

Además, ha de ordenar todo el mundo de sus ‘obligaciones’. Muchas veces tras un examen atento y juicioso de sí y de su mundo, la persona percibe que algunas actividades consideradas ‘obligaciones’ en su vida no son tales. Esto le permite desprenderse de las mismas de modo que pueda disponer libremente de sí para vivir experiencias más personales y afines a su mundo familiar. Aprender a decir que NO es sumamente importante en esta etapa de la vida para centrarse en aquello que se le dirá que SI, que necesariamente ha de ser lo más esencial en la vida de la persona en la segunda gran etapa de su existencia.

En caso de ‘no percatarse’ de la crisis, de no querer darse cuenta del momento vivido, la solución aparente más fácil es la evasión por diferentes caminos que aseguren mínimamente ‘combatir’ la monotonía, la rutina y el aburrimiento, como así también la vivencia fuerte de la muerte. Entonces, lo que surge con mucha fuerza son los *modos de apostar por la expresión robusta de la vitalidad*. Esto quiere decir, la *manifestación clara de autoafirmación vital*, y para ello nada mejor en estos caminos evasivos que la infidelidad conyugal, los juegos (incluyendo todos los matices hasta llegar a veces a la adicción), juntadas recurrentes con amigos (descuidando otros aspectos esenciales de su ser persona) y el consumo de drogas.

Además puede presentarse otro modo evasor de la crisis que es *socialmente aceptado* y quizás hoy más que nunca. El *hombre se refugia en su trabajo*, y se hace adicto a él. No responde a la llamada de su cuerpo. Redobra los esfuerzos físicos sobrepasando el límite que le impone su propia fuerza vital.⁴⁰ De ese modo, apuesta a una afirmación fatal de su vitalidad apoyándose en la voluntad férrea de seguir adelante hasta las últimas consecuencias, renegando de su misma fuerza vital que marcha en camino descendente.

Es un *posicionamiento elegido desde la ‘voluntad’ por encima de la fuerza vital* que acarrea no pocos problemas a nivel físico y psíquico. No por nada conocemos de las elevadas estadísticas de

³⁷ Uno se encuentra, a veces sin darse cuenta, demasiado ‘atrapado’ por el mundo cotidiano y no se percata de sí en esa intrincada madeja de relaciones visibles e invisibles en la que participa, hasta que puede cortar aunque sea provisoriamente con ese mundo para objetivarlo. Al salir de ese ámbito, incluso su propio espacio físico, (y habiendo superado su situación de irritabilidad e incomodidad inicial tras la experiencia de la soledad) la persona mira desde otro lado su existencia. Puede posicionarse en un atalaya para desde ahí avizorar su mundo privado y público con nuevos ojos. Quien pueda realizarlo se dará cuenta que su mirada es más fina, su pensar es más hondo y su sentir más sensible. Vendrá a él su mundo interior silencioso (a veces *silenciado* por uno mismo) que fácilmente es tapado en el trajinar de la rutina diaria.

³⁸ Tal replanteo valorativo no debe confundírsele con una mirada conceptual de los mismos (aunque sin duda la incluye), sino más bien vivencial – existencial. La vivencia de la muerte reconocida y aceptada puede ayudar fuertemente para que exista una verdadera *encarnación de valores*. La vivencia de la muerte que se ‘palpa’ en esta crisis permite más fácilmente la vivencia del valor, por tanto, su posible encarnación en la vida personal.

³⁹ Tal vez sea mejor afirmar que es el momento oportuno para hacerlo, todo dependerá de la madurez existente en el vínculo y de las decisiones que se asuman.

⁴⁰ Es interesante la novela (para niños) y la sátira (para adultos) de G. Orwell *La granja de los animales*, pág. 76 y siguientes. En ella aparece el caballo ‘Boxer’ que podríamos considerarlo el prototipo del hombre que tratamos, para el cual pase lo que pase lo que ha de hacer es solamente ‘trabajar más fuerte’. El caballo, a pesar de sentir cansancio, dolores varios y decaimiento global seguía trabajando compulsivamente. Su fin: la muerte.

hombres (fundamentalmente varones) que se mueren por los 50 años por infarto de miocardio.⁴¹ Sumado a esto se encuentra la incidencia del cigarrillo, que también hay que entenderlo a la luz del conjunto. Su misma situación de negación lo lleva a *calmar su estresado modo de vida* con el efecto miorelajante del cigarrillo, que lo va llevando al fatal desencadenamiento.

Tales caminos son apuestas importantes donde sale a relucir el *vitalismo evasor de la crisis*.

Sin lugar a dudas, tales caminos son *pseudo-resoluciones de la crisis*, que tras las primeras experiencias dejan una profunda sensación de libertad y afirmación de sí, pero luego muestra todo el abanico de sinsabores de la huída, donde se agregan nuevos conflictos a la vida de la persona además de sufrimientos profundos (y a veces adicciones varias). Con esto, no sólo no resuelve su crisis, sino que agrega mayor frustración existencial a su biografía personal.

Para terminar de definir esta crisis, ha de afirmarse que la gran ruptura es el corte fuerte con la primer etapa de la vida, que es la época de la consolidación del yo hacia el mundo externo. De aquí en más, las nuevas realidades que atraviesa el hombre lo perfilan (si este lo asume y enfrenta) hacia su mundo interior y hacia la muerte, por lo tanto, hacia una vida más rica y comprometida. Y este compromiso suyo constituye un nuevo posicionamiento ante las nuevas generaciones de jóvenes que vienen tras ellos. Su compromiso es más hondo además de más expansivo. Es una toma de conciencia que va más allá de sus próximos (sus hijos, esposa y familiares más directos) Es una generatividad en sentido amplio. Lo podemos ver en personas como el físico Albert Einstein y el filósofo Bertrand Russell (como tantos más) que se dedicaron de lleno a la lucha contra el desmedido avance de las armas atómicas en pro de un mundo mejor para todos. Otros tantos, no tan famosos y en menor medida, pero no por eso menos comprometidos, realizan su labor en beneficio de las generaciones más jóvenes. Esta es su ganancia.

Menopausia y andropausia (¿?)

Se produce un nuevo momento crítico a medida que avanza el tiempo. El mismo está relacionado con una revolución a nivel hormonal comparable con la etapa puberal en los comienzos de la adolescencia.

Llega la menopausia, alrededor de los 50 años, en donde se produce una ruptura fuerte para las mujeres. Se produce el ‘cese’, el ‘corte’ de la menstruación (etimológicamente). Este corte marca el fin de la etapa *procreativa*. Además, este corte (como bien lo dice el nombre menstruación) es abrupto, definitivo. De ahí nunca más la mujer podrá concebir vida.

Sin entrar en detalles respecto al proceso hormonal que se desencadena, podemos decir que existe un descenso en el nivel de los estrógenos y un aumento de la testosterona, lo que está ligado a cambios palpables. Por ejemplo, la mujer ‘baja’ el tono de la voz, es decir, su voz es más grave. También podemos decir, que en cierto sentido, su carácter se hace más activo y firme, más fuerte y decidido para emprender nuevas realidades en cuanto que mujer. Ligeramente *se masculiniza* sin dejar de ser mujer.

A partir de la menopausia se produce en la mujer una compleja gama de realidades posibles que estarán directamente ligadas a su ‘estilo de vida’ vigente. Si la mujer toda su vida se dedicó a ser madre y su rol preeminente fue *ese* muy por encima de otros posibles (ser esposa – profesional – trabajadora – amiga, etc.), cuando llegue la menopausia es muy probable que desemboque en una *depresión clínica*. La razón de ser en su vida ‘murió’, ya no es posible. Otro tanto ocurre con la mujer que en su vida optó con sólo ser profesional y por tanto rechazar (explícitamente o no) la maternidad. Es probable que una vez llegado ese momento caiga en depresión por su ‘elección’.

En otras mujeres, la venida de la menopausia puede constituir un motivo de alivio importante ya que ahora podrán tener relaciones sexuales y mayor intimidad sin preocuparse de la posibilidad de un embarazo. Respecto de las relaciones sexuales, una vez que llega la menopausia algunas mujeres

⁴¹ Hay que aclarar que son un sinnúmero de factores los que provocan esa realidad. Sergio Sinay brinda una interesante y sencilla explicación en su libro *Esta noche NO, querida*, en el capítulo tres ‘El cuerpo: División blindada’, pág. 45 y siguientes. Allí detalla el maltrato que ejerce el hombre con su propio cuerpo. Suponemos los varones que el que es hombre ha de aguantar y soportar todo, porque ‘es de hombres’ el que así sea. Además, refiere el hecho que los varones van al médico cuando realmente *la cosa es inaguantable*, porque claro, la consigna es ‘aguantar todo’.

tienen más relaciones que antes o se reducen significativamente las mismas, ya que pueden aparecer algunos dolores o molestias durante el acto, debido a los cambios hormonales.

Por el lado de los hombres, la andropausia es una realidad más discutible, empezando por el nombre elegido para especificarla. No existe un proceso semejante al de la mujer. Si bien el varón disminuye su nivel de testosterona y aumenta el de estrógenos, tal proceso es paulatino, a lo largo del tiempo. Además, el hombre siempre (o casi siempre) puede ser padre. Él puede fecundar a la mujer aun en edades muy avanzadas. Es capaz de hacerlo hasta con ochenta años (claro si sus condiciones físicas lo permiten).

Ahora, hay que decir, que actualmente muchos hombres entre los 50 – 55 años se quejan de impotencia sexual. La cuestión es que este descenso en el nivel de testosterona influye en su potencia sexual, haciéndola más difícil y / o más lenta, pero de por sí la andropausia no significa impotencia en el hombre. Existen en tales quejas otras realidades además de la cuestión hormonal.

Ahora bien, en el varón la andropausia le genera cambios en la voz. Su voz se hace más aguda, más alta (lo contrario a la mujer) y en cierto sentido pierde algo de su agresividad, de su firmeza o determinación (ligado al descenso de los andrógenos). Podemos decir que ligeramente se *feminiza* sin dejar de ser varón.

Lo interesante es marcar en estos dos procesos aquello que diferencia al varón de la mujer para mejor mostrar la posible complementariedad existente.⁴² El uno como el otro se hacen más parecidos entre sí, por tanto, tales procesos hacen más factible una mayor comprensión mutua, un mejor acercamiento y acompañamiento donde se borran ciertas diferencias por decirlo de algún modo.

Siguiendo la línea del presente trabajo, algo se pierde, pero tal pérdida puede asociarse a una ganancia mayor, la *posibilidad*⁴³ de comprensión mutua entra varón y mujer que son pareja al hacerse más parecidos el uno al otro, con el corolario de una vida en pareja alimentada por experiencias significativas mutuas.

El síndrome del nido vacío

Llega el momento en que los hijos se van de la casa. El *nido queda vacío*, los esposos padres se quedan solos. Hay un espacio psicológico que antes ocupaban los hijos que es preciso conquistar ahora para el bien de la pareja conyugal.

La pérdida (la ruptura) está dada por la partida de los hijos, pero como ya es evidente aquí, la ganancia es clarísima. Los padres dejan de serlo en cierto sentido (aunque siempre lo sean) para *concentrarse en ser esposos*. Los dos han de volver a mirarse y encontrarse, y lo tienen que hacer ahora a *tiempo completo*, como cuando recién se juntaron en su morada primera, pero ahora con todo un bagaje de experiencias significativas en su haber como pareja y como familia.

Retrocedemos para hacer más evidente este reencuentro conyugal. *Siempre* es momento oportuno para que los cónyuges o las parejas se reencuentren y revitalicen su vínculo, pero existen momentos ‘cumbres’ para intentarlo, que de algún modo ‘lo exigen’. El siguiente esquema grafica tales exigencias:

Crisis de la mediana edad → Menopausia y andropausia → Síndrome del nido vacío

En la crisis de la mediana edad el varón y la mujer adultos tendrán que reordenar su existencia, y desde la vivencia misma de la muerte significar de un modo más profundo sus propias vidas. Aunque parezca paradójico, la vivencia de la muerte permite una mayor vivencia de las cosas más hondas de la vida, ligado a la posibilidad de una mayor encarnación de los valores más altos. La crisis introduce a la persona en un mundo más estrecho en cuanto a las fuerzas vitales se refiere, pero

⁴² Tal proceso biológico tiene su correlato psicológico en la tesis de Jung ligada al *ánima* (alma femenina en el varón) y al *animus* (alma masculina en la mujer). En la segunda etapa de la vida el varón ha de encontrarse con su complementariedad psicológica femenina, y al hacerlo enriquecerse plenamente en cuanto varón. Del mismo modo ocurre con la mujer. Esta se enriquece asumiendo positivamente su animus.

⁴³ Digo *posibilidad*, no realidad palpable en todas las parejas que atraviesan estas etapas. Todo dependerá de cómo se asumió el resto de las etapas de la vida humana (especialmente la crisis de la mediana edad) y también de la elección comprometida que realice o no en este sentido cada una de las personas en el vínculo.

lo abre a una dimensión más rica en cuanto a vivencias personales. La crisis *reconocida, enfrentada, asumida y superada* permite una apuesta fuerte por los valores más supremos de la vida humana y es una flecha proyectada hacia el futuro donde el otro significativo (el tú) es una parte esencial de ese proyecto.

De la crisis que permite una mayor definición centrada en los aspectos esenciales de la vida personal y vincular se pasa al acercamiento en los modos de ser femenino y masculino que traducen los poderosos cambios hormonales presentes en esta etapa. De ahí, al necesario reencuentro preparado por las otras dos situaciones del desarrollo, al alejarse los hijos de la casa porque éstos han iniciado una nueva vida. Más breve a) redefinición y revalorización de la existencia en la crisis de la mediana edad, b) acercamiento mutuo en el modo de ser femenino-masculino en los cambios hormonales y c) la nueva intimidad ante la salida de los hijos.

En otros términos, el síndrome del nido vacío será fácilmente superado si previamente la pareja enfrentó y resolvió sus propias crisis de la mediana edad, tanto personales como conyugales, y si en los tiempos de los cambios hormonales pudieron conversar, encontrarse y percibirse como más semejantes el uno al otro, por lo tanto más cercanos entre sí.

Si existieron esos encuentros previos la pareja tendrá más recursos para elaborar la pérdida de los hijos que ‘vuelan’ de la casa y más armas para afrontar la nueva situación vital.

Sin embargo, puede suceder que las personas no quieran encontrarse. Hecho que puede tener algunos matices inconscientes, pero que la mayoría de las veces es oscuramente conciente, pero conciente al fin. La pareja no quiere reencontrarse, pero tampoco quiere separarse (pueden haber varias razones para ello). A partir de un acuerdo tácito (no explicitado) ‘deciden’ seguir como están. Por tanto, *evitan que haya un síndrome del nido vacío*, lo cual resulta que hacen lo posible (de maneras muy sutiles) para que sus ‘polluelos’ no se vayan de la casa (¿síndrome de Peter Pan?). De este modo, postergan el encuentro tan temido, que no necesariamente significaría separación y / o divorcio; pero si una situación que al ser desconocida y nunca enfrentada durante la estancia de los hijos, de alguna manera prefieren ‘escabullirse’.

Tal disposición puede darse por lo antedicho. Mientras estuvieron los hijos no dispusieron de momentos especiales para encontrarse como pareja. Prefirieron muchas otras situaciones y personas antes que su propio vínculo. Entonces, tal encuentro ‘merece ser postergado más que enfrentado’ para muchos matrimonios en esta etapa de la vida.

Todo en la vida es preparación. Si uno elige constantemente dejarse estar y evadirse siempre las crisis de la vida cuando llegan (y van a llegar inevitablemente) son más un factor de desestabilización personal (también para la pareja) que de invitación a un desarrollo mayor. Sin embargo, nunca es tarde para que la persona elija cambiar su rumbo, por más difícil que esto sea en la práctica. Siempre será oportunidad para que la persona elija un mayor desarrollo personal ligando su vida a los valores más altos, y de ese modo enriqueciendo su vida personal y la de otros.

La abuelidad

El síndrome del nido vacío ha de verse en unidad con otra realidad frecuente en esos tiempos por las que atraviesa la persona. Los hijos se van de la casa, pero los mismos se transforman en padres, por lo tanto, sus padres en abuelos.

La abuelidad puede llegar entre la crisis de la mediana edad y el síndrome del nido vacío, y esta realidad constituye una nueva etapa de la vida de las personas. No sólo los miembros de este nido que se vacía tienen la posibilidad de reencuentro y revitalización de su relación de amor, sino que *una vitalidad fuerte y ‘ajena’ al vínculo vigoriza en ellos su propia realidad vital y espiritual*: la presencia de los nietos.

Esta vinculación constituye un encuentro poderoso que une a dos generaciones distantes y muy dispares, sin embargo sumamente conciliables. El abuelo (abuela) en pleno descenso de sus fuerzas vitales y el niño (niña) en pleno ascenso de su potencial y expansión vital; una vida hecha por experiencias múltiples y la vida naciente e inexperta; el pasado viviente como recuerdo y el porvenir radiante de expectativas; la experiencia del tiempo y de la existencia como algo fugaz, finito, que se acaba en el fin de la muerte y el tiempo del niño como inexistente, duradero, algo que hay de sobra, como la sensación de lo ilimitado. Nada tal vez podría ser tan desemejante, sin embargo, el abuelo / a

y el nieto / a se encuentran alegremente el uno al otro, y uno y otro por lo general disfrutan de la presencia mutua.

Sin embargo, en la actualidad hay cada vez más mujeres que son madres adolescentes y la mayor de las veces solteras, lo que convierte a los padres de la chica en abuelos prematuros, que aun no llegaron a la crisis de la mediana edad o recién ingresan en la misma. Muchas veces los padres abuelos no son tanto abuelos como ‘padres por segunda vez’. Se pierde por lo general la frescura del contacto vigoroso que se produce (o se producía) entre éstos.

Estos abuelos tienen que poner límites y cuidarlos como si fuesen sus hijos. Por lo general no disfrutan del encuentro ni los nietos ni los abuelos, porque están sujetos a la rutina del cotidiano vivir, perdiendo ambos una experiencia irrepetible, el momento pleno donde no hay límites en la relación, donde todo es pura espontaneidad y sorpresa tanto para unos como para otros.

Hasta no hace mucho tiempo era común que los nietos visitaran a sus abuelos durante dos o tres horas y una o dos veces por semana. Estas visitas constituían (y constituyen) esos ‘momentos especiales’ que ni unos ni otros olvidarán jamás. La alegría del encuentro, las sonrisas de abuelo y nieto, el momento de pura espontaneidad donde no hay límites y si mucho cariño y hasta cierta complicidad.

Estas realidades descritas se pierden de modo paulatino e inevitable en la actualidad en la diaria convivencia en un mismo ámbito físico y por la enorme cantidad de tiempo que pasan juntos, lo que provoca una rutina a veces asfixiante que los atrapa, que los obliga a ser *abuelos-padres* de sus *nietos-hijos*. Y no sólo de éstos sino también de sus propios hijos. Serán padres de nietos y de sus hijos adolescentes. Además, a modo de pregunta, ¿quién prevalecerá en cuanto a los límites se refiere? ¿el niño – la niña obedecerá a la mamá (al papá) o a los abuelos? A veces a unos, otras veces por los otros, o él hará lo que pueda o quiera y el conflicto se instalará más fuerte entre abuelos y padres? Son unas cuántas preguntas que necesariamente tales familias han de responder y no de modo teórico - como en el presente trabajo - sino en la vida diaria, con actitudes y conductas manifiestas.

La ancianidad

Hasta hace unas décadas atrás era posible realizar la equivalencia abuelos = ancianos. Hoy por hoy no es tan clara la misma. La cuestión es pensar cuándo surge la ancianidad, cuáles son los primeros indicios que marcan una ruptura, un corte entre la adultez lograda y el pasaje a la adultez madura (tardía) o ancianidad y si es posible tal intento.

El ser abuelos ligado al síndrome del nido vacío parecían ser respuestas más o menos certeras. No dejan de serlo, pero han de estar acompañadas de otros ítems definitorios. Tal vez la edad sea una de ellas aunque no es tan claro este punto como para definir por sí mismo el comienzo más o menos preciso de la ancianidad. Tampoco creo que pueda ser definido fácilmente porque depende también de factores socioculturales vigentes en nuestro medio occidental.

De todas maneras, vamos a hacer un intento aproximativo al tema. La jubilación parece ser un ítem definitorio, aunque muchos de aquellos que se jubilen a los 65 no estarían dispuestos a ser considerados como tales. De igual modo, la *mirada social* en nuestra cultura tiende a verlos como ancianos, en gran parte porque se relaciona con la *inactividad*, con dejar de trabajar, en cierto sentido, dejar de ser útiles para la sociedad. Por lo menos, este parece ser el *imaginario social* en nuestras sociedades occidentales.

La respuesta no es clara, pero una confluencia de ítems pueden darnos una pauta como para definir el comienzo aproximativo de la ancianidad. La edad (superior a los 65), los cambios físicos más marcados (canas, arrugas, etc.), la jubilación, la mirada social de nuestra cultura, la abuelidad y el síndrome del nido vacío pueden ser criterios que pueden demarcar el comienzo de la ancianidad.

Ahora, creo que es importante detenernos en cuál es la concepción de ancianidad vigente en nuestro ámbito sociocultural. Para graficarlo voy a elegir un ejemplo cotidiano.⁴⁴ Un / una adolescente

⁴⁴ Hay que diferenciar claramente cuál es la concepción más conciente sobre la ancianidad y la más ‘vivencial’ en el cotidiano vivir que no necesariamente coinciden. Muchas personas pueden concientemente pensar que la ancianidad es una etapa hermosa y altamente valiosa pero en sus vivencias y actitudes manifiestan que su pensar real es muy diferente. Imaginemos la señora que oculta su edad, no la dice, hace chistes con la misma e intenta ‘taparla’ (con vestimentas, maquillajes varios, cirugías, etc.) pareciendo más joven y ostentando ‘juventud’, como así también actitudes que

decide por cualquier motivo un viernes o sábado por la noche quedarse en su domicilio personal. Llama su amigo / a y le dice que tienen una salida para ir a bailar. El amigo casero expresa sus deseos de quedarse esta noche. ¿Qué le dirá su amigo / a para convencerlo de lo contrario? Aunque sea a modo de chiste ¿a qué apelará para disuadirlo de su actitud? Le dirá “*no seas viejo*” Tal anécdota cotidiana tiene muchos matices. Tal vez el mismo chico o chica, justificándose, dirá a su amigo insistente: “no, es que me vino el *viejazo*”.

Cuando afirmamos algo decimos más de lo que decimos, no sólo el contenido expreso del mensaje sino un contenido implícito o subyacente. Entonces, tal afirmación y sus matices expresan la siguiente concepción: ser viejo es *ser aburrido*, además significa *estar encerrado*, porque se afirma de ese adolescente que porque no quiere salir es viejo, porque suponen que los viejos ‘se encierran’. También hay que decir que lo utilizan como *insulto*, ya que es la frase que se dice para que el otro reaccione y salga de su postura, como queriendo zamarrearlo con algo fuerte para que entienda. Además, lo viejo es aquello que es *estático*, lo que no manifiesta expansión vital. Como está encerrado también se encuentra en situación de fijeza que choca fuertemente con la expansión y expresión juvenil de los viernes y sábados por la noche. También supone una suerte de *exclusión*. El mundo juvenil se supone que *sale* los viernes y sábados por la noche. El que se queda se está excluyendo de ese mundo (y de ese mandato social para decirlo correctamente).

Si recopilamos tenemos que el ser viejo significa: aburrimiento, un insulto, un modo de vivir encerrado y excluido del mundo adolescente o juvenil y una existencia estática poco expresiva. Aquí tenemos la concepción más cercana de nuestra cultura actual en nuestro medio sociocultural vigente acerca de la ancianidad.

Se percibe una concepción negativa del mundo anciano a partir de la pérdida de sensibilidad respecto de la muerte. No por nada cada vez hay mayor aceptación de la *eutanasia* en la sensibilidad moral de las personas. Años atrás no se hubiera concebido más que como excepción. Hoy es más fácil que las personas acepten tal realidad, aunque no sólo para los ancianos, aunque ellos sean seguramente los destinatarios principales de tal ‘eutanasia = buena muerte’ (expresión engañosa si las hay).

Está ligado también en nuestro mundo al horror que tenemos por el dolor y el sufrimiento. Si la persona es anciana y sufre es preferible por un ‘acto de altruismo’ acabar con su dolor acabando con su vida.

Otro caso análogo pero no cruento. La mayoría de las personas en nuestro medio afirman múltiples casos de familiares o conocidos, donde tal o cual persona “tuvo una *buena muerte* porque no sufrió. Simplemente se quedó dormido”. En el fondo existe ese rechazo profundo a lo que signifique sufrimiento.

Es cada vez más común leer y escuchar que los ancianos mueren de soledad abandonados. Del mismo modo se escucharía si uno se acerca por el geriátrico. Los mismos abuelos afirman que sus familiares cada vez los visitan menos o directamente no los visitan. Esto lo saben los ‘abuelos’, como los encargados y dueños del geriátrico.

A primera vista la ancianidad aparece como la época a la cual no hay que llegar o si se llega *que no se note*. Es quizás la época oscura de la vida, y no tanto el *otoño de la vida* como afirmaba Cicerón, más bien *sería el invierno oscuro y frío de la existencia*.

Pero tal concepción es errónea, aunque hayan muchos ancianos que con su modo de vida den sobradas razones a esta expresión. Esto depende de cómo los concibe el mundo social a ellos, cómo los mira el mundo familiar más cercano y también (no hay que olvidarlo) cómo ellos se conciben a sí mismos. Hay una importante cuota de responsabilidad personal en el envejecer humano. Muy valioso es aun el concurso de la libertad personal y la responsabilidad concreta que asumen los ancianos ante sí mismos y ante los demás.

La jubilación, los amigos y la viudez

La jubilación marca en nuestra cultura probablemente el criterio de mayor aceptación concensual respecto del inicio de la ancianidad. Ahora, como todo en la vida, este episodio tan fundamental debe ser preparado del mejor modo posible.

Existiría una *preparación remota* que está dada por la reestructuración de la vida interior y exterior que supone el enfrentamiento y la superación de la crisis de la mediana edad de la vida. Es una preparación primera que echa las bases de lo que será la segunda gran etapa. La persona, en el mejor de los casos, ha proyectado las líneas generales de su existencia camino a la vejez y a la muerte. Por tanto, es una pauta positiva camino a la jubilación. La persona se ha preparado.

Además, existe una *preparación más próxima* que estará dada por un lapso de tiempo breve, digamos un año o medio año, donde la persona dispone de modo concreto cómo hará para ocupar su tiempo libre, para llenarlo con actividades significativas y con diversos proyectos personales que por diferentes razones no pudo encarar en sus momentos de vida productiva.

De esta manera, la persona preparada es más que probable que goce profundamente de su tiempo libre, ya que se ha dispuesto para que tal época de su vida sea la más bella de todas. El tiempo le sobra, se siente plenamente libre. No tiene más obligaciones que la que él o ella se impongan y todo para el máximo provecho y enriquecimiento personal. Y no sólo propio, sino también ajeno. Si ellos han asumido las diferentes etapas de la vida, y han resuelto satisfactoriamente las crisis que todo trayecto humano impone, se puede decir que han llegado a ser ‘sabios’. Así lo afirma Guardini. Este autor habla del *hombre sabio* y la característica fundamental que explicita para este hombre es que “irradia” el *sentido*, la *verdad*, el *bien* y el altruismo de su actitud⁴⁵. Lo contrapone al hombre responsable, para el cual lo justo y lo noble es motivo de lucha, de esfuerzo y conquista (la *dynamis*). En cambio, para el hombre sabio (igual para la mujer) su mismo modo de ser promueve el bien y el gozo de la vida para los demás. Su *mismo ser y ser de ‘esa’ manera* promueve a los demás. Su enriquecimiento es dinámico y recíproco. Se enriquece promoviendo y se promueve enriqueciendo a los demás, simplemente siendo él mismo.

Lamentablemente, muchos ancianos simplemente ‘se dejan caer’. Les ocurre generalmente luego de la jubilación, y más a los varones, ya que los que hoy por hoy son ancianos vivieron la gran mayoría en familias tradicionales, en las que el hombre salía de la casa y la mujer se quedaba en ella. O si ésta salía a trabajar llevaba en sus hombros sus ‘dos trabajos’, el trabajo propiamente dicho y la casa. Por tanto, la jubilación en la mujer es menos pesada, ya que ésta, en cierto sentido ‘vuelve a su casa’, un ámbito en donde se siente a sus anchas, lugar por demás conocido y donde tiene cosas para hacer y para sentirse útil. Para el hombre tradicional es un lugar ‘menos conocido’, donde *no se siente del todo*, ya que no sabe cuál es ‘su lugar’, ‘su rol’ en ese mundo ahora que ya no posee su trabajo.

Para aquellas personas que anhelan la jubilación para dejar de trabajar y simplemente descansar después de toda una vida de dedicación laboral; y que además no la prepararon con anterioridad, les espero el peor de los pronósticos. Probablemente al principio se sientan liberados de las ataduras del deber laboral (especie de luna de miel). Pero luego se percatarán que no saben qué hacer con tanto tiempo libre. Son candidatas a la depresión.

Pasamos a los *amigos*. Muchas veces éstos son los amigos del trabajo y una vez que dejan de trabajar pierden la cotidianidad, y frecuentemente sucede que dejan de frecuentarse, lo que lleva a un mayor encerramiento del anciano varón en su casa, lugar que le es más bien desconocido, como ya se dijo.

Aún así, puede suceder que los ancianos mantengan vínculos con sus pares (sean o no ex - compañeros del trabajo), y sean fuentes de enorme alegría para ellos, pero ocurre de manera frecuente en estas edades una tragedia difícil de digerir. Sus amigos más íntimos mueren. Esto es una pesada carga. Escuchemos el testimonio de Simone de Beauvoir en sus últimos años de vida: “Hay algunas personas cuya muerte me significaría un golpe, si no mortal, al menos tan fuerte que me quitaría el gusto por la vida”⁴⁶

⁴⁵ Op. cit., pág. 105.

⁴⁶ Beauvoir, Simone de: *Simone de Beauvoir por ella misma*, pág. 104.

Y ¿qué podríamos decir del cónyuge fallecido? Para una persona que ha compartido la mayor parte de su vida y del modo más significativo posible y en la máxima intimidad tal *ruptura* constituye una de las pérdidas más poderosas en la vida de las personas. No es fácil convivir sin él o sin ella. Pero la vida misma continúa. No es una realidad imposible. Las personas pueden sobreponerse a tal pérdida.

Es más probable que la viudez tenga “rostro de mujer”. Las mujeres estadísticamente viven siete (7) años más que los varones. Por tanto, es más factible que ‘él’ muera y que ‘ella’ quede viuda. Parece ser que las mujeres soportan mejor la muerte del cónyuge. No significa que no lo sufran, pero actualmente ocurre que ellas poseen más resistencia o tolerancia ante esta pérdida y pueden ‘rehacerse’. Pueden continuar su vida personal y es a ellas a quién se las puede observar con más frecuencia en los geriátricos y sobre todo en los centros de la tercera edad. Ellas son las que se ‘arman’ mejor y se dedican a la pintura, al baile, a los viajes, a conocer nuevas amistades, nuevos círculos sociales. El varón es menos probable que lo realice aunque claro hay excepciones.

Suele suceder que los varones se dejen morir tras el deceso de su mujer. Es más común verlo, incluso promediando el año en que su mujer falleció.

Ahora bien, hay algo común a la jubilación, a la muerte de los amigos y del cónyuge. Nos encontramos que *son sólo pérdidas y no ganancias*. Difícilmente pueda concebirse la pérdida del cónyuge como una pérdida y a la vez como ganancia en algún sentido. Parece que lo afirmado como realidad subyacente a toda trayectoria humana aquí pierde contenido.

Pero si se considera en mayor profundidad se verá que de alguna manera no sólo constituyen pérdidas y sin más. Respecto de la jubilación es más fácil responder. La persona que ha preparado la misma percibe una enorme ganancia para su vida, ya que la jubilación permite un inmenso capital de tiempo libre que invierte para su enriquecimiento y la promoción de los demás (ejemplo: sus nietos); pero respecto de los amigos que se van y el cónyuge que fallece no parece haber detrás de tales pérdidas algún tipo de *ganancia*. Muchos viudos / as jamás admitirían algo bueno tras esa pérdida.

De todos modos, quien puede encontrarse consigo mismo y con su realidad personal más honda, como así también con la realidad misma de las cosas, logrará comprender y asumir una realidad que es única. El hombre es un ser finito, limitado, temporal. Cómo afirmábamos al comienzo del ensayo. El hombre está *hecho de tiempo*. Quien sea capaz de lo anterior podrá ‘ver’ y ‘pensar’ y en fin de cuentas *aceptar*: ¿qué hubiera sido de mi vida si ‘mis amigos’ (estos que se fueron) no hubiesen estado en tantos momentos especiales?; ¿qué hubiese sido de mí si ‘él’ o ‘ella’ no hubiese compartido conmigo gran parte de mi vida, de mis miedos, alegrías, penas y esperanzas? *No hubiera sido ‘una pérdida’ de por sí e incluso más grande el no haberlos conocido jamás?*

La realización del hombre, incluso en la psicología del desarrollo, pasa por su capacidad no sólo de desplegar todas sus potencialidades propiamente humanas camino a su actualización, hasta su ser maduro y / o sabio. También la misma se realiza si acepta las verdades más hondas de la existencia. Que él morirá y que morirá en cierto sentido con las muertes de las personas más queridas es un hecho para ser aceptado.

Aceptar tal realidad es aceptar la finitud, la contingencia y la limitación. Significa adecuarnos a la realidad de las cosas. La adecuación a la realidad de las cosas hace *fuerte* a los hombres, incluso *nos hace felices*. Significa afirmar ‘actitudinalmente’ (como diría Frankl)⁴⁷ que la vida tiene sentido si existe la muerte. Porque esta existe es que el hombre tiene la posibilidad de amar, de pedir perdón, de acompañar al otro, incluso hasta la tumba. Ese ‘acompañar’ al otro en los momentos más duros de la existencia es una vivencia que expresa del mejor modo la realidad del amor para esa persona.

⁴⁷ Op. cit., págs. 88 y 89. Se refiere a los *valores de actitud*, donde el hombre enfrentado ante un destino arduo y a veces irreversible, es capaz de responder con valores profundos, demostrando una actitud valerosa y digna ante ese sufrimiento. El sólo hecho de enfrentarlo y no evadirse ante una limitación supone la realización de valores de actitud. Una vez en clase en San Rafael (Mendoza), explicando tal realidad una alumna comentó este ejemplo: Un hombre que se quedó cuadripléjico es maestro de pintura. Pinta con la lengua y es ‘modelo’ y ‘maestro’ para otros. Él decidió responder a una limitación profunda de su existencia no encerrándose impotentemente en su enfermedad (en su limitación) sino sobreponiéndose y dándole un sentido a la vida a partir de la realización de un valor de actitud que sostiene en el tiempo.

Este compartir días, horas y minutos previos a la muerte (el proceso de la muerte) significan el regalo más hondo para ambos, para ‘el que se queda’ y ‘para el que se va’ porque permite realizar ‘los cierres’ que tal vez de otra manera no se hubiesen presentado. Las cosas jamás dichas, las últimas confesiones, los pedidos de perdón, los recuerdos comunes que hicieron grande a la pareja (aunque sólo lo sea para esa pareja). Acaso todo esto *¿no constituye en sí misma una ganancia enorme?*⁴⁸

Hay una película “Conoces a Joe Black” que marca un tema que es sumamente valioso para comprender esta segunda etapa de la vida y en especial, en los finales de la misma, es decir, la ancianidad. Es el momento del ‘desasimiento’ (como dice Guardini)⁴⁹. Es decir, del aprender a soltar, a desprenderse. Los padres han de aprender a soltar a sus hijos, pero también su propio trabajo, del mismo modo, ‘soltar’ a todos aquellos que son sus seres queridos, sus amigos y hasta su cónyuge. En la película el actor Anthony Hopkins le dice a Brad Pitt, mirando desde lejos en dirección a su propia fiesta de cumpleaños y siendo el último día de su vida: “¿Qué difícil que es *soltar?*” Gran parte de la tarea de la ancianidad (aunque enormemente difícil) significa desasirse, soltar, desprenderse. Incluso de la propia vida. Forma parte del ser del hombre y de las tareas propias de todo varón y mujer, justamente por ser finitos, contingentes y limitados.

La ancianidad como la edad de oro

De todos modos, cómo se dijo más arriba, *la ancianidad no es un camino de sombras*. Es en sí misma una realidad altamente valiosa (incluso la edad de oro de la existencia) y puede serlo aún más si se dan ciertas circunstancias favorables, como ser reconocimiento de su propio mundo familiar (ni qué decir si tuviese mayor reconocimiento y promoción desde una mirada social y política más amplia). Pero no hay que olvidar que el *tesoro de la ancianidad* también depende de la persona misma que envejece y de su hacerse cargo de su senectud.

Juan Pablo II a sus 80 años escribía como anciano para todos los ancianos y los calificaba de “‘bibliotecas vivientes’ de sabiduría” ya que ellos son “custodios de un inestimable patrimonio de testimonios humanos y espirituales”.⁵⁰ Los pueblos que aman su historia y sus tradiciones necesariamente aman a sus ancianos, ya que ellos son la historia hecha carne en sus años, en sus anécdotas, en su trayectoria vital. Si las naciones conciben a sus ancianos como una hermosa herencia entonces los promocionarán, y al hacerlo contribuirán a la grandeza de la nación. Los ancianos no serán sólo los receptores de esa promoción, sino los actores útiles a otro nivel (que no es el estrictamente laboral – económico), valga decir, a un nivel más humano. Pero si las naciones conciben a la ancianidad como una carga, entonces se construirán muchos asilos, se promoverán geriátricos y un sinnúmero de medidas ligadas a la mera función asistencial de los mismos.

Muchos ancianos han encontrado un sentido para sus existencias y han enriquecido su vejez realizando diferentes tipos de actividades para el mayor bien de la sociedad. Han demostrado que pueden ser útiles y muy humanos para con aquellos que son más necesitados. Pululan grupos de ancianos que se hacen cargo de niños (y de otros ancianos), de su educación, que contribuyen con su acción al bien de la sociedad toda. Esto es una enorme bendición para la sociedad.

Transcribo un fragmento largo de una anciana feliz y sus conclusiones sobre el significado más profundo de la vejez: “La vejez es una bellísima edad. La edad de oro de la Vida. No tanto porque la alternativa sea morir sin conocer el lujo de aquel privilegio, sino porque es la época de la Libertad. De joven creía ser libre. Pero no lo era. Me preocupaba por el futuro, me dejaba influenciar por un montón de cosas o de personas, y en la práctica no hacía más que obedecer. A los padres, a los profesores, a los directores de periódicos donde trabajaba ya a los dieciocho años... De adulta creía ser

⁴⁸ Por eso, lo más importante en la muerte de un ser querido, y en el caso que nos toca, la de un anciano querido no es tanto si sufrió mucho o poco. Más bien lo importante es si esta persona tuvo la posibilidad de enriquecer su vida realizando los cierres necesarios, poniéndose al día con su realidad, con sus circunstancias. Diciendo lo que tenía que decir, perdonando y pidiendo perdón, saldando ‘todas sus cuentas’ con Dios (si es creyente), con sus seres queridos y consigo mismo.

⁴⁹ Op. cit., pág. 97 y siguientes.

⁵⁰ Juan Pablo II: *Carta a los ancianos*, pág. 23. Hace referencia allí que en algunas regiones del mundo son considerados como verdaderas bibliotecas vivientes.

libre. Pero no lo era. Me preocupaba todavía el futuro, me dejaba condicionar por los juicios malévolos, temía las consecuencias de mis decisiones... Hoy ya no las temo. Los juicios malévolos no me condicionan ya, el futuro ya no me preocupa. ¿Por qué debería preocuparme? Ya ha llegado. Y liberada de inútiles deseos, de superfluas ambiciones, de erradas quimeras, me siento libre como nunca lo he sido. Libre con una Libertad completa, absoluta.

Además la vejez es bellísima porque de viejos se comprende lo que de joven e incluso de adultos no se había entendido. Porque con las experiencias, las informaciones, los razonamientos que hemos acumulado todo se clarifica. Mucho más claro...”⁵¹

La *época de la libertad y de la expansión* es (o puede llegar a serlo) la ancianidad. No por nada, las grandes obras y realizaciones de la cultura pertenecen al mundo de la adultez tardía y de la ancianidad. En cierto sentido, los *más productivos* en lo que se refiere a las grandes realizaciones humanas son los *viejos*. Aunque parezca paradójico, la ancianidad es la etapa de la vida en que la fuerza vital disminuye poderosamente. No hace falta ser muy intuitivo para darse cuenta de la verdad de este acierto. Pero sí hay que estar despierto (y bien despierto) para percatarse que tras la caída de la fuerza vital puede aparecer con enorme esplendor otra fuerza que no depende de la energía físico – química, sino que pertenece a la dimensión espiritual de la persona.

La fuerza vital decae pero la fuerza espiritual de las grandes realizaciones posibles puede manifestarse en todo su apogeo en esta etapa de la vida. Pensemos nomás en personas paradigmáticas: Ghandi, la Madre Teresa, Juan Pablo II, etc. y un sinnúmero de ancianos quizás menos notables, pero en los que se percibe que tras la decadencia física existe una fuerza poderosa que los lleva a proyectarse más allá de sus capacidades vitales.

Conclusión

Hemos recorrido brevemente el trayecto humano a lo largo del tiempo. El hombre penetrado de tiempo despliega en el mismo su potencial. Tiene varias influencias a lo largo de la vida, que se ‘reducen’ a su genética, a su estructura constitucional (su herencia); su ámbito de desarrollo, de aprendizaje, es decir, la familia concreta en la que vivió lo mismo que el país y el tiempo histórico por la que transitó; y también el desarrollo de su libertad personal, es decir, las decisiones personales, de su autoría que construyeron junto con su bagaje constitucional y adquirido lo que la persona ha decidido ser.

La vida humana atraviesa diferentes etapas y crisis en las que se presenta a cada persona única e irrepetible una tarea por cumplir. Inicialmente las ‘tareas’ de la vida humana recaen fundamentalmente en los padres, pero a medida que el niño se desarrolla y llega a la etapa adolescente, la responsabilidad personal ante las exigencias de la vida humana recaen cada vez más sobre ellos y más aún en la vida adulta. De aquí en más, aunque su bagaje hereditario, su aprendizaje y las experiencias de la vida sean sumamente condicionantes de su actuar (para su desarrollo o para su estancamiento), ha de decidir por sí mismo el desarrollo de sus potencialidades camino a la máxima realización humana posible, lo que todos llamamos felicidad. Todo hombre desea ser feliz y tal realización camina *necesariamente* con la máxima actualización de nuestras potencialidades. No de todas ellas, porque resulta imposible para el hombre tal actualización. Es más no le alcanzaría la vida para esto, ni siquiera muchas vidas para ejecutarlo. Ha de conformarse con algunas líneas de desarrollo, con aquellas que la persona elija para llevarlas al máximo perfeccionamiento.

No sólo realización y actualización de potencialidades sino también la realización concreta de un sentido para la existencia que *necesariamente pasa por la promoción de los otros*. Es altamente paradójico, pero la máxima realización humana nunca es una tarea solitaria. El hombre se promueve promoviendo. Y se enriquece plenamente cuando busca enriquecer a otros. También se plenifica cuando en el ‘atardecer’ y ‘anocheecer’ de su vida es capaz de aceptar el destino final, la muerte.

La persona puede aceptar la muerte definitiva cuando durante toda su vida se ha percatado (y no sólo conceptualmente) que *el paso del tiempo y la vida constituye en su esencia una muerte tras*

⁵¹ Fallaci, O.: *Oriana Fallaci se entrevista a sí misma* (2005). Cita tomada de Pithod, Abelardo: *Psicología y ética de la conducta*, en ‘Psicología de la vejez’, págs. 47 y 48.

otra. Una muerte que se renueva a cada segundo. Quien ha aceptado los ‘duelos’ permanentes de la vida es aquel que puede esperar su propia muerte con la aceptación profunda del fin.

Ahora, siempre queda en pie la pregunta existencial última: “¿y después qué?” Ciertamente el *creyente* tiene una seguridad psicológica mayor ante este planteo. Cree que la vida no se acaba y confía plenamente que el amor, la realidad más plena que existe en la vida terrena, es más fuerte que la misma muerte.

BIBLIOGRAFÍA

- Beauvoir, Simone de: *Simone de Beauvoir por ella misma*, 2ª edición, Buenos Aires, Editorial Losada, 1982.
- Buber, Martín: *Yo y tú*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1984.
- Castellá, Gabriel: *La concepción y el sentido de la existencia – Teoría del programa de Vida I*, 1ª edición, Editorial San Pablo, 2006.
- Dolto, Catherine: *Haptonomía pre- y postnatal*, 1ª edición en español, Buenos Aires, Editorial Creavida
- El libro del Pueblo de Dios - *La Biblia*, 12ª edición, España - Argentina, Editorial San Pablo, 1995.
- El Mundo – El Mundo / Salud – Biociencia: *Los espermatozoides son capaces de ‘oler’ el rastro femenino*, 28/ 03/ 2003 - www.elmundo.es
- Erikson, Erik: *Infancia y sociedad*, 12ª edición, Editorial Lumen / Horné, Buenos Aires, 1993.
- Frankl, Víktor E.: *Psicoanálisis y existencialismo*, 5ª reimpresión, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Gibrán, Jalil: *El profeta*, 4ª reimpresión, España, Editorial Alba, 2000.
- Guardini, Romano: *Las edades de la vida*, Buenos Aires, Editorial Lumen, 1994.
- Juan Pablo II: *Carta a los ancianos*, 1ª reimpresión, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 2000.
- La Nación – Entrevista a Sergio Sinay: *Hacen falta más padres presentes – Ciencia / Salud*, 2 de agosto de 2003 - www.lanacion.com.ar
- Meves, Christa: *Juventud manipulada y seducida*, España, Editorial Herder, 1980.
- Nichols, Michael P.: *Análisis psicológico de la crisis a los 40 años*, España, Gedisa Editorial, 1987.
- Odent, Michel: *La cientificación del amor – el amor en la ciencia*, Argentina, Editorial Creavida, 2001.
- Orwell, George: *La granja de los animales*, 2ª edición, Chile, Editorial Andrés Bello, 1988.
- Pieper, Josef: *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Ediciones Rialp, 1976.
- Pithod, Abelardo: *Psicología y ética de la conducta*, 1ª edición, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2006.
- Rappoport, León: *La personalidad y sus etapas*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1977.
- Rojas, Enrique: *El hombre light*, 11ª reimpresión, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1996.
- San Agustín: *Las confesiones*, 2ª edición, Barcelona, Editorial Juventud, 1986.
- Sinay, Sergio: *Esta noche NO, querida*, Buenos Aires, Ediciones del Nuevo Extremo, 1997.
- Spitz, René: *El primer año de vida del niño*, 10ª reimpresión, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, S. A., 1992.
- Velasco Suárez, Carlos Alberto: *La huída de la intimidad*, Buenos Aires, EDUCA.